



Marta Carnicero

# El cielo según Google

TRADUCCIÓN DE  
PABLO MARTÍN SÁNCHEZ



Lectulandia

La llegada a casa de Naïma, la niña que acaban de adoptar Júlia y Marcel, debía suponer el inicio de una vida familiar plena, pero la nueva situación a la que se enfrenta la pareja hará aflorar una realidad que se empeñaban en ignorar. «Si pensáramos que nos morimos poco a poco, un poquito cada día, procuraríamos centrarnos en lo que nos hace felices. A menudo nos queremos, y hasta nos permitimos hacernos daño, como si tuviésemos carta blanca para rectificar, todo el tiempo del mundo para aspirar a la felicidad y ninguna prisa por alcanzarla». El lector tiene en sus manos una novela honesta, sagaz, profundamente conmovedora y llena de sabiduría, que nos habla del amor en todas sus formas.

**Lectulandia**

Marta Carnicero

# **El cielo según Google**

ePub r1.0

Titivillus 25.05.2019

Título original: *El cel segons Google*  
Marta Carnicero, 2016  
Traducción: Pablo Martín Sánchez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

El cielo según Google

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

Sobre la autora

Notas

*A Laia y Abril, porque el piso las echa de menos  
cuando no están, y yo también*

*A mis padres, y a Laura, por creérselo más  
y antes que yo*

*D'això bé que me n'adono  
i és funest:  
passo molt de temps a la memòria,  
bandera vermella a la platja,  
i jo m'hi banyo.*

[De eso me doy perfecta cuenta | y es funesto: | paso mucho tiempo en la memoria, |  
bandera roja en la playa | y yo me baño].

MANUEL FORCANO, *Ciència exacta*

Al principio no quise preguntar nada. Ya es bastante fuerte que te llame una hermana que no tenías para decirte que tu padre quiere verte antes de que sea demasiado tarde. ¿Quién sería tan insensible como para preocuparse por saber quién le ha dado el teléfono? Es el típico detalle sin importancia que puede tenerte ocupada durante horas. Si costaba tan poco localizarme, por qué no me ha llamado antes, te repites. No ella, la hermana que no tenías, sino él, el padre que tampoco tenías. Quince años antes, por ejemplo. O veintiuno, ya puestos.

Yo odiaba a mi padre y lo odié aún más cuando descubrí que había querido a otra hija. Con Núria, lo reconozco, eché mano de esa frialdad que tengo reservada para las telefonistas que interrumpen la cena preguntando con voz melosa por el cabeza de familia. Le dije que lo sentía pero que mi padre se llamaba Clément, si por *padre* se entiende el hombre que está cuando lo necesitas y no cuando él te necesita a ti. Escuché el silencio al otro lado (ahora sé que era un silencio de hospital, de pasillo iluminado por fluorescentes tras la última visita) y un suspiro que no podría precisar si fue un suspiro o un sollozo ahogado. Recuerdo que pensé que no tenía derecho a ser cruel con alguien cuya existencia desconocía cinco minutos antes. Me despedí tan amablemente como pude y volví a encender la radio. No eran ni las nueve, pero el incidente tenía un regusto a llamada intempestiva reventando la madrugada.

El teléfono volvió a sonar. El corazón me dio un brinco pensando en Éric: cada vez que sonaba el teléfono se me desbordaba algo por dentro y me lo imaginaba al otro lado, y entonces me decía ahora sí, y pensaba que había llegado el momento y que todo estaba a punto de cambiar. Todavía hoy me pasa; lo reconozco. Enseguida vi que el lapso entre llamadas había sido demasiado corto como para que no se tratase de Núria volviendo a la carga. Pensé que me había mostrado demasiado blanda y que esta debilidad mía siempre me da problemas; respiré hondo, mentalizándome para un segundo *round*. Me convenía mantenerme firme. Le diría que lo lamentaba, que no podía hacer nada por ella, que hiciese el favor de no insistir.

No era mi hermana quien llamaba, sino la última persona a quien habría imaginado dándole mi teléfono, o quizá la única que podía habérselo dado.

—¿Mamá? Estoy entrando en el aparcamiento... ¿Te importa si te llamo en diez minutos?

Cuando Marcel y Júlia dejaron el piso de la Riera de Sant Miquel (primero él, y Júlia meses más tarde), los vecinos del rellano tardaron un tiempo en darse cuenta. Despedirse a la francesa habría sido propio del chaval del tercero, que entraba en el ascensor con los auriculares puestos y salía saludando guturalmente, sin aguantar la puerta, o de la señora Tordesillas, que aunque sí la aguantaba dejaba un rastro de habitación mal ventilada que invitaba a buscar excusas para no bajar con ella y sus botellas. No era ése el caso. Marcel y Júlia habían sido siempre unos vecinos modélicos, una pareja tranquila que encajaba a la perfección en el barrio donde habían vivido, discretamente, los últimos años.

Cuando se trasladaron a Barcelona, a los Turull Garcia (Marcel Turull Castelló y Júlia Garcia de Courcy, según la placa del buzón) les gustaba bromear diciendo que habían cambiado de ciudad sin cambiar de barrio: habían dejado la Gràcia sabadellense para trasladarse a otra Gràcia de calles más estrechas y casas más altas pero con la misma vida de pueblo. Ella, especialmente, se había adaptado enseguida; tal vez porque en el fondo volvía al barrio, no le había costado sincronizar su ritmo con el del entorno. No tardó en establecer una rutina hecha a su medida, que empezaba por las mañanas llevándose a Naïma a dar una vuelta de camino al mercado y terminaba a la hora de comer. Sentada en el cochecito, royendo el colín que le había dado la panadera (¿hoy un *chusco*<sup>[1]</sup>, nena?), Naïma se dejaba pasear mientras Júlia le cantaba o se acuclillaba a su lado para explicarle que si los boniatos, que si los siete pies de la Cuaresma, que si las golondrinas. Al principio, tras decidir con Marcel que ella bajaría el ritmo de sus traducciones, creyó que se aburriría, pero aquella nueva vida había resultado ser un hallazgo: agotadora, sí, pero también satisfactoria. A menudo se llevaba a la niña a buscar a Marcel a la salida del trabajo. Naïma se dormía en cuanto pisaban la calle y Júlia buscaba un banco en la plaza del Sol para leer un rato alejada del alboroto adolescente. El acuerdo, que no por ser tácito dejaba de ser un acuerdo, era el siguiente: si habían ido a buscarlo, Marcel las encontraría allí, esperándolo, cuando volviera a casa.

Todo esto era al principio, por supuesto. La llegada de Naïma se había producido antes de lo que imaginaban y la propuesta de adopción los había pillado casi por sorpresa. Tiempo después, al reconstruir mentalmente los hechos, Marcel insistiría en situar en aquel momento el cambio de actitud de Júlia: el inicio, si podía llamarse así, de la persecución de una felicidad impostada que él no había sabido secundar.

La decisión de adoptar a Naïma lo había alterado todo, modificando rutinas y estableciendo nuevas prioridades a la hora de pasar los hábitos por el tamiz de la actividad diaria. Júlia se desvivía por lograr el ambiente perfecto, por demostrar —a ella y al mundo entero, pero sobre todo a la Psicóloga y a la Trabajadora Social, a quienes aludía mentalmente así, con temerosas mayúsculas— que Naïma no podía haber ido a parar a un entorno más adecuado. Los fines de semana, las flores frescas por doquier y el pitido de la panificadora inundando el piso con su fragancia formaban parte de un estricto programa autoimpuesto que Júlia habría negado, aunque se hubiese visto atrapada por la evidencia. De lo que se trataba, en definitiva, no era de convertir su pequeño mundo de dos en un mundo de tres, y listos, sino de transformarlo en una unidad familiar que respondiese a los cánones de la plenitud. Por aquel entonces, Júlia vivía convencida de que todas las familias felices se parecen, y ni siquiera era capaz de imaginarse que la frase pudiera ir un poco más lejos.

Fue una época de declaraciones de intenciones, sin margen para el azar. Si habían decidido casarse, tras siete años de convivencia, no era porque a alguno de los dos le hiciera falta un vínculo más estrecho o una demostración de compromiso, sino por la esperanza de que el matrimonio los hiciera mejores candidatos a la adopción. La cuestión de la mudanza perseguía el mismo objetivo: incluso Marcel era capaz de ver que la oferta de sus suegros —un dúplex con terraza a cambio del misérrimo alquiler que pudiesen sacar por su piso— era un regalo, por mucho que los padres de Júlia vivieran a dos fincas de allí. Le habían concedido una comisión de servicios para el nuevo curso, y el nuevo instituto le permitía ir andando al trabajo y cambiar los vagones por el aire fresco de la mañana. A pesar de todo, a veces se sentía como si estuviesen forzando un poco la máquina, como si todo aquello tuviese que acabar explotándoles en la cara, sin que supiera muy bien de dónde le venía la intuición.

Siempre se habían considerado afortunados. Mantenían una relación tranquila y disfrutaban yendo a lo suyo, sin preocuparse de lo que pensarán los demás. Estaban convencidos de ser, por su complicidad sin fisuras, la

admiración del grupo de amigos; los más respetuosos, los más idealistas. Si no se habían hecho las pruebas de fertilidad era para no caer en la trampa de exigirse responsabilidades mutuas: les bastaba con saber que en cuatro años no habían tenido éxito y se estremecían cuando algún conocido, en un exceso de confianza, les preguntaba si ya sabían de quién de los dos era la *culpa*. La gente no entendía nada, ellos no querían oír hablar del tema ni encontrar la raíz del *problema*. Sólo les importaba la solución, saber que acabarían siendo padres y que estaban haciendo —y esto Júlia se aseguraba de repetirlo tantas veces al día como fuese necesario— todo lo que podían para conseguirlo.

Por todo esto Marcel se sentía incómodo cuando detectaba algo, no sabía muy bien qué, que no podía controlar. Le habría gustado poder disfrutar de los desayunos familiares que lo esperaban en la cocina, pero a la hora de la verdad acababa tomando un café con leche a toda prisa y haciéndose un bocadillo, que se zampaba en la calle, con el pan de masa madre que preparaba Júlia. Se había preguntado si el origen de la desazón no estaría en el trabajo, pero, si se sentía algo más irritable —Júlia, de momento, no había comentado nada—, el nuevo instituto no podía tener la culpa: los compañeros lo habían acogido con cordialidad y los problemas con los alumnos se quedaban en simple anécdota.

Tenía que ser otra cosa: a veces se sentía apático y se preguntaba si aquella falta de entusiasmo no sería la raíz de todo, una respuesta al hecho de que por querer ser unos padres modélicos se estaban excediendo en el ámbito familiar. Júlia, que nunca había ido a buscarlo a la salida del trabajo, lo esperaba ahora sin avisar, día sí, día también, con la ingenuidad de quien confía en sorprender al otro con una broma antigua. Participar en aquel juego implicaba, para no decepcionarla, respetar estrictamente los horarios, entretenerse lo justo, despedirse de los compañeros en mitad de una conversación, tal como lo haría alguien que estuviera de paso. Algunas tardes, al encontrarse, decidían dar una vuelta y llegaban paseando hasta Casa Anita —sólo un momento, decía Júlia—. Él se ocupaba de la niña, que solía reclamar la merienda con insistencia, mientras su mujer se entusiasmaba con las novedades y apilaba los cuentos que se tenían que llevar en aquel preciso instante, por si la siguiente vez ya no los encontraban. De vuelta en casa, la rutina familiar se encargaba de absorber el resto de la tarde. El tiempo se escurría en algún punto entre la bañera y el masaje infantil —que había que practicar en un ambiente de absoluta relajación—, mientras él preparaba la cena procurando no hacer ruido. Sentados a la mesa en horario europeo,

Naïma comía, entre cuentos y canciones, mientras se enfriaban los platos de la pareja.

Marcel solía preguntarse qué había estado haciendo durante todo aquel tiempo. Antes de la llegada de Naïma le faltaban horas al día, y de repente, en una suerte de multiplicación milagrosa, se descubría encajando en la rutina un montón de actividades que no había hecho nunca. Júlia también estaba cansada, aunque algunas cuestiones de orden práctico la ayudaban a relajarse: para poder ducharse con calma, se levantaba de la cama mientras él aún dormía —si estaba sola con la niña, el proceso se reducía a cinco minutos sin cerrar la puerta— y se dejaba el pelo húmedo para evitar el escándalo del secador. Hacía listas de menús y ponía lavadoras. Se despertaba por las noches si él tenía que levantarse temprano; escogía las actividades del fin de semana alrededor de las cuales se estructuraba el horario familiar. Menuda crack estás hecha, solía decirle Marcel, admirado por sus dotes organizativas. Pues claro, ¿qué te creías?, contestaba ella sonriendo. Entonces se le acercaba y se dejaba abrazar.

La clave para evitar que Marcel se dejase aplastar por el estrés era mantener la apariencia de control, y ella había aprendido a capear el temporal invirtiendo horas en ello. Fue al recibir las pruebas del que iba a ser su primer libro —una colección de cuentos que debía devolver con urgencia— cuando por primera vez se sintió dando tumbos bajo las olas. Los textos habían cambiado desde la primera versión, y cada nueva lectura sugería modificaciones que se le antojaban imprescindibles. Para su marido todo era muy fácil, pensaba Júlia: se iba al trabajo y se olvidaba del mundo durante unas horas, de la comida, de las camisas sucias, y aun así volvía a casa diciendo que aquel ritmo era inaguantable, que estaba exhausto y que caería enfermo, pero volvía paseando tranquilamente con los cascos puestos, asumiendo de antemano que ella sí había pensado en la comida y en las camisas, que evidentemente ya estarían limpias y colgadas, sin ver, sin darse cuenta siquiera, se decía ella, de que en lo único que puedo pensar es en el dolor de cabeza que me tiene el cráneo atenazado, un dolor que sin duda se me pasaría si yo también fuese tan sobrada de tiempo como para volver a casa paseando, pero no, porque lo único que tengo son unas cervicales hechas mierda que no se calman con almohadillas calientes, ni con ibuprofenos, ni con el puto cojín anatómico que compré a precio de oro en el herbolario *new age* de la plaza Trilla con la esperanza de que se produjese un milagro.

Júlia quería ver en la publicación de aquellos cuentos el reconocimiento a un trabajo bien hecho y no el fruto de azares diversos derivados de una hoja de cálculo. Había montado el campo base en el comedor —el portátil, las notas garabateadas en sobres de banco y en tarjetas de metro, los borradores esparcidos sobre la mesa— con la determinación de no levantarse hasta haber terminado el trabajo, pero las interrupciones desbarataban cualquier intento de concentración y no la dejaban avanzar. Cuando su madre le reprochó el desorden, tuvo que admitir que llevaba razón. No intentó justificar su inocencia —ante una mujer como Marie-Chantal habría sido una pérdida de tiempo—, pero tampoco se quejó cuando vio el fregadero recogido y el montón de ropa limpia doblada sobre la cómoda. Si bien en otra época le

habría molestado que su madre apareciese sin avisar, ahora celebraba interiormente cada visita, dispuesta a pagar el peaje de tenerla en casa, organizándolo todo, a cambio de un poco de tiempo para ella misma.

Al principio, Marcel no dijo nada. A pesar de jugar fuera de casa —o quizá precisamente porque la ofensa no había trascendido nunca los límites de la comida semanal en el piso de los suegros—, hacía años que había aprendido a neutralizar los comentarios de Marie-Chantal. Últimamente, sin embargo, tropezaba con ella tan a menudo que empezaba a preguntarse si no se habría ido a vivir con ellos sin que su mujer se lo hubiera comunicado. *Ya sé que estás en tu casa, Marcel*, le había dicho una mañana en que lo había sorprendido haciéndose un café en calzoncillos, *pero ya que tienes a tu suegra aquí ayudando podrías andar un poquitín más tapado. ¿Te parece?\** A él le habría gustado contestar que primera noticia, que no había recibido ningún aviso de aquel acuerdo de cooperación internacional madre-hija ni de las consecuencias que iba a tener sobre su elección de vestuario, pero en lugar de eso entró en la habitación a ponerse unos vaqueros con cara de que sepa que no pienso aguantar muchas más como ésta, y Naïma debió de notarle las malas pulgas porque decidió que en aquel preciso momento tenía hambre, que aquello entraba en la categoría de urgencias vitales y que no dejaría de berrear hasta estar sentada en la trona frente a un plato de papilla. Marcel se vistió a marchas forzadas, refunfuñando para sus adentros tiene cojones, y se llevó a Naïma a la cocina para prepararle el desayuno que ya podría haberle dado la tocapelotas de su suegra. La papilla quedó perfecta, seguramente por haberla removido con brío mientras se preguntaba qué le daba más rabia, si aceptar las órdenes encubiertas de aquella mujer u oírle pronunciar su nombre con toda la grandilocuencia del francés, como si para dignificar la figura de su yerno madame de Courcy tuviese que referirse al mismísimo Proust.

Pocos días después empezaba a lamentar no haber actuado con la contundencia necesaria. Marcar los límites desde el principio habría sido lo más sensato, pero la situación se le había ido de las manos y ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Evidentemente, tampoco contemplaba, ni en broma, la posibilidad de resistirse abiertamente a las peticiones de aquel *sargento*.<sup>\*</sup> Un par de días antes, al llegar a casa tras un claustro interminable, se la había encontrado con Naïma en brazos mientras Júlia trabajaba. *Me parece que a esta niña la dejáis con hambre*, había opinado nada más verlo, y sin escuchar su respuesta le había explicado que *las madres ven cosas que los pediatras no ven*, le había arrebatado a Naïma y la había enviado a la cocina

con un *Anda*, vete a hacer la cena y no la hagas sufrir más, que la tienes que ni sabe lo que quiere, el angelito.\*

Cuando se hartó de tanto *Maggsel* por aquí, *Maggsel* por allá, decidió buscar el apoyo de Júlia en la batalla familiar. Te veo cansada, le dijo una noche mientras recogía la cocina, con la niña ya en la cama. Lo estoy, pero creo que mañana, o el miércoles a más tardar, podré entregar el texto a Clausells. Perfecto, contestó, mientras llenaba el lavavajillas, necesitabas parar un poco; Naïma te ha echado de menos, y yo también. No exageremos, mi vida: cualquiera diría que he estado de expedición en la Antártida los últimos veinte años. Sólo digo que nos sentará bien volver a estar juntos, y seguro que tu madre agradece un descanso. Pues le he insinuado que me va genial que me eche una mano: Vilella me ha escrito para pasarme traducciones y no creo que sea el momento de rechazarlas, y a ella no puedo decirle según qué cosas, sabes perfectamente cómo se lo tomaría. No te entiendo, mi amor, dijo él entendiéndola, cada día estás más delgada, te quejas de que estás hecha polvo, ¿seguro que merece la pena? Yo no me he quejado de nada, sólo he dicho que estaba cansada, pero eso no significa que no tenga ganas de volver a trabajar. Tú te evades unas horas, pero yo me paso el santo día aquí encerrada, haciendo la comida y poniendo lavadoras como si esto fuese el hotel *La sola cama*.\* No me evado, Júlia, pero ¿cuándo entenderás que no es fácil enseñar cosas a unos chavales que sólo están atentos a que suene el timbre? No grites, Marcel, que vas a despertar a la niña, y yo pensaba trabajar un poco todavía. No grito, pero procura escoger con más cuidado tus palabras. ¿Es por mi madre?, preguntó ella mientras deshacía los grumos de cacao en la leche que Naïma reclamaría a medianoche. Claro que no, mi amor, pero entiende que a mí también me gustaría hacer mil cosas que no hago. Yo también escribía, ¿te acuerdas?, pero en cuanto llegó Naïma no tardaste ni un minuto en bajar con las tablas de la ley para dejar bien claro que estas cosas o se hacen con un horario o no se hacen, y yo no soy una doña perfecta con la vida cuadrículada que pueda trabajar de seis a ocho mientras su marido se ocupa de la niña, porque resulta que el marido soy yo. Oye, guapo, que la niña también es tuya, y por lo que veo la tal Perfecta te va estupendamente cuando llegas a casa y te lo encuentras todo hecho. Pues no hagas tanto, Júlia, que nadie te lo ha pedido, y antes que padres somos personas con necesidades: a mí también me gustaría salir a dar una vuelta con la cámara o retomar las clases de inglés, pero en cuanto suena el timbre vengo pitando a casa sin perder ni un segundo y todo esto, por lo que parece, no se valora demasiado. Pues hazlo, dijo ella; haz lo que tengas que hacer y no le

des más vueltas, pero yo necesito trabajar y volver a sentir que hago algo útil, no estaría mal que intentases entenderlo. Joder, Júlia, tú a lo tuyo, siempre igual: yo, yo y yo; siempre el puto yo, hostias, no hay manera. No te preocupes, cariño, que no tendrás que hacer nada: mi madre me ayudará, ya has visto que en cuanto mira a Naïma sabe lo que tiene. O eso se cree, dijo él, y repitió la frase poco a poco, como si quisiera dejar constancia o necesitase entenderla: o eso se cree. No importa, dijo ella antes de dar por zanjada la cuestión: el caso es que se las apaña, y con eso me basta.

Una vez le escuché decir a mi madre que debería existir una palabra especial para referirse a la traición de una persona querida. La falta, insistió, merecería ser castigada con una pena distinta, menos justa, porque alguien con capacidad para hacer tanto daño no merece justicia alguna. Así lo pensó durante muchos años, y ahora sé que el hecho de que acabáramos mudándonos a Nantes, donde mis abuelos pasaban algunas temporadas, tuvo que ver con la necesidad de hacerle pagar el engaño a mi padre. Cuando años después se sintió con fuerzas suficientes para olvidar el rencor, ya era tarde para arreglarlo: él había acabado acostumbrándose a las imposiciones maternas y yo interpretando su ausencia como la prueba de su abandono. Puedo dar fe de que el castigo fue injusto, porque yo misma salí damnificada. Es posible que mi madre no fuese consciente de su error, que pensara que mi padre no estaba capacitado para quererme y que yo tendría suficiente con ella si ella se volcaba lo suficiente conmigo, como si la rabia que sentía por su ex marido pudiese justificar una decisión tan bestia. Hoy dice que se arrepiente de lo que hizo, pero yo sé que aún piensa que no fue para tanto, amparándose en el absurdo argumento de que dejar de quererla a ella suponía abandonarnos a las dos, que madre e hija éramos un todo que o se toma o se deja, y tú sabrás, Marcel, qué es lo que más te conviene.

La conozco demasiado como para no saber que se siente incómoda con mi insistencia en buscar explicaciones a un hecho que considera *demasiado antiguo*, como si la antigüedad conllevara la prescripción de la injusticia. Me extraña que no se dé cuenta de que la sensación no está tan lejos de la rabia que ella sentía al atar cabos y descubrir la enésima evidencia del engaño, incluso años después de haberse separado. Da lo mismo que fuese una mentira *demasiado antigua*, porque el simple hecho de recordarse confiada, ajena a todo, buscando un vuelo para escaparse con mi padre o envolviendo *The World of Apples* con la delectación de haber encontrado el regalo perfecto, le quemaba el esófago como una babosa arrastrando su agria baba. Entonces ponía aquella cara que le conozco tan bien y miraba a través de mí con ojos ausentes para repetirme en tono de epifanía que el ridículo más

terrible, Ima, es el que se hace sin saberlo. Si guardabas silencio y prestabas atención, casi podías sentir cómo se le escapaba la conciencia para refugiarse en algún lugar de su pasado más remoto. Mi madre se instalaba en la memoria como en una fonda antigua de provincias, y abandonaba su cuerpo a la intemperie, allí mismo, como un tronco muerto.

Marcel siempre pensó que Júlia estaba hecha de otra pasta. Ella solía decir que era cuestión de voluntad, pero para él, que era de los que empiezan el día con prórrogas de cinco minutos, verla saltar de la cama y pasar de cero a cien en lo que tardaba en calzarse le parecía una virtud de otro planeta. Las primeras muestras de agotamiento de su mujer lo habían cogido por sorpresa. Si pensaba en la época en que la había conocido —el pelo oscuro recogido en una cola de caballo, toda ojos, cara de muñeca—, enseguida se daba cuenta de que había empezado a perder el aspecto infantil que siempre había tenido. Júlia también había notado los cambios, y, si hubiese estado en sus manos, habría prohibido los espejos en los ascensores. Por las mañanas, al toparse con su reflejo, se preguntaba quién había sustituido a la chica de antaño por la mujer de hombros caídos que la miraba desde el otro lado. Las horas que dedicaba al trabajo tampoco la ayudaban; a veces tenía ganas de llorar sin saber por qué, y entonces cualquier detalle, un gesto sin importancia, la hundía en una nostalgia de domingo que le nublaba los ojos y la cabeza. A menudo ocurría cuando Marcel no estaba, porque éste aprovechaba los ratos en que Marie-Chantal estaba en casa para quedarse corrigiendo en el instituto o, a instancias de Júlia, mejorar su nivel de inglés: los compañeros de Lenguas Extranjeras lo habían guiado en sus lecturas, y desde que había descubierto los cuentos de Bradbury atravesaba el barrio sin levantar la vista de las *Crónicas marcianas*. Respecto a las clases, había encontrado una solución que, de momento, le permitía ahorrar tiempo y dinero: mientras esperaba encontrar algún curso adecuado, conversaba en inglés con una compañera del trabajo, aprovechando la hora de guardia compartida, unas conversaciones que a veces se alargaban durante la hora del recreo o a la salida, si coincidían e iban bien de tiempo. Tras tomar un café y charlar un rato, Marcel se quedaba en el bar corrigiendo ejercicios o avanzando un poco más en sus lecturas, y cuando llegaba a casa, al anochecer, con un poco de suerte Marie-Chantal ya no estaba.

En el piso se encontraba a una Júlia con pocas energías: durante la cena empezaban los bostezos, y en cuanto acostaban a Naïma salía del lavabo con

el pijama puesto. Día sí, día también, se quedaba dormida en el sofá mientras él terminaba de ver el capítulo de *Mad Men*, y por la mañana se levantaba agotada, con un *puta mierda* que al principio había despertado a Marcel — ¿qué te pasa, mi vida, qué ocurre?—, pero que con el paso de los días había acabado integrando como recordatorio del momento en que podía enroscarse bajo el edredón, con media hora de sueño todavía por delante. Ya no salía a correr y envidiaba a Marcel, que volvía a cuidarse y a afeitarse por las mañanas, mientras que ella se recogía el pelo de cualquier forma y entraba de espaldas al ascensor, tirando del cochecito, para evitar a la mujer del otro lado del espejo.

La primera discusión tuvo lugar una noche en que él llegó a la hora del baño y no encontró a su suegra por ninguna parte. Júlia parecía haber llorado y se movía maquinalmente, como si le quedaran las fuerzas justas para dar de cenar a Naïma y caer rendida en la cama. Él, consciente del retraso, iba con pies de plomo y ni siquiera se atrevió a preguntarle cómo estaba, no fuese a interpretar que tenía mala cara. Fue Júlia quien le explicó, mientras cenaban, que había discutido con Marie-Chantal; Naïma había pasado una tarde inconsolable y su madre había desdeñado sus esfuerzos por calmarla. *Hazte a la idea de que la puedes querer mucho pero que esta niña siempre será de su padre y de su madre.*\* Júlia se había molestado, habían discutido y Marie-Chantal se había ido airada, ofendida porque su presencia en el dúplex se valorase tan poco.

Me siento sola, dijo Júlia tras contarle el episodio a su marido: tengo veinticuatro horas al día para preguntarme si lo hago bien y la sensación de estar fallando en todo. Se me cae la casa encima y ya no puedo contar ni con mi madre ni con nadie. No es verdad, Júlia, dijo él, abrazándola: lo estás haciendo muy bien, y además me tienes a mí. Tú nunca estás; llegas cuando el trabajo ya está hecho. Júlia, empezó él, pero ella lo interrumpió: no sabes ni si ha llorado, ni si ha comido bien, ni cómo se encuentra. No es eso, cariño, sabes que con tu madre merodeando por todas partes el piso se me hace pequeño. No te preocupes por eso, no creo que tenga intención de volver muy a menudo, aunque supongo que da igual, porque para ti no cambiarán mucho las cosas. Fuiste tú, dijo Marcel, quien me propu... Encantado de la vida, eso sí. Llegarás de buen humor y con ganas de bromas cuando yo ya haya hecho todo el trabajo. Fuiste tú, insistió él, quien me animó a ponerme las pilas con el inglés. Sí, pero no te animé a olvidarte de tu hija, ¿verdad? ¿Acaso sabes cuándo tiene hora para el pediatra, cuándo le pusieron la última vacuna, qué número calza? Él pensó que no servía de nada conocer un montón de datos

que podían consultarse y le contestó que no, que no lo sabía, pero que eso no le hacía ser peor padre. Ni mejor, Marcel, es muy fácil saltar con red, y sabes perfectamente que a Naïma no le faltará nunca de nada, tanto si te preocupas por ella como si no. Su tono de voz, aunque contenido, sonaba como un grito.

Se levantó para dejar el plato en el fregadero, convencida de que a la mañana siguiente seguiría allí. Necesito que estés conmigo, Marcel, que colabores, que me ayudes. Está bien, dijo él, mientras le pasaba un agua al plato, sin acabar de saber muy bien qué se esperaba que dijera; si es lo que necesitas, lo haré. No es lo que necesito, respondió ella necesitando un gesto, una señal, una declaración de principios, es lo que necesita Naïma, y mientras lo dejaba allí plantado se sintió dentro de un guión cinematográfico y por un instante disfrutó de un momento en que el drama dolía menos. En una película Marcel la habría seguido, pensó, pero en las pelis la gente hacía cosas tan absurdas como colgar el teléfono sin despedirse.

Concluyó que Marcel debería haberla seguido porque la conversación no estaba terminada y una cosa así no podía dejarse a medias. Él pensó que no hacer nada era la mejor manera de respetar su voluntad, y que su mujer sabía igual que él que alargar la discusión sólo los llevaría a un callejón sin salida. Se quedó recogiendo la cocina, vació el fregadero y llenó el lavavajillas, tiró los periódicos que Júlia ponía en el suelo para absorber las salpicaduras del pollo, metió la botella vacía en el cubo de reciclaje y la bandeja de porexpán en el de residuos no reciclables, porque estaba empapada del jugo de la carne cruda y siempre había visto a Júlia hacerlo así. Después estuvo un rato mirando la tele sin verla, con el volumen al mínimo.

Cuando ella se levantó al día siguiente se encontró en el fregadero, como siempre, restos reblandecidos de la cena, y en el hule migas y cercos, también como siempre. Apretó el botón para conectar la Nespresso, se ciñó la bata y, mientras levantaba la palanca para que cayera la cápsula, pensó que su marido no la entendería nunca.

Mirándolo con perspectiva, sé que debería haberme enfadado, pero cuando mi madre me pidió que escuchara a Núria y fuese a Barcelona, aún no tenía motivos para hacerlo. Cuando al fin supe la verdad (lo descubrí todo en el hospital y mi madre no pudo seguir negándolo), me preocupaban otras cuestiones, y más tarde, cuando todo hubo terminado, ya no tenía demasiado sentido enfadarse.

Hacía semanas que no nos veíamos; París y Nantes quedan lejos. Nos llamamos cada dos días y nos escribimos un mensaje por las mañanas. Tengo que ir con cuidado; enseguida se preocupa si no lo hago. Son diálogos rutinarios: trato de evitar las referencias demasiado íntimas; hablamos de los progresos de Camille y poco más, llamadas cortas para saber cómo va todo y preguntar por la pierna de Clément, que ya no les deja viajar tanto como solían. Cuando no me tira de la lengua todo va bien, tiene un modo de indagar lo que hago que cree que no se le nota, pero a mí me entran ganas de colgarle el teléfono. Eso sí debe de notarlo, porque se mueve entre la preocupación y el deseo de dar consejos, y al final se calla. Se limita a hacer insinuaciones cuando me ve triste (Hoy estás pochita, ¿eh?), pero lo último que me apetece es explicarle mis problemas, aunque a veces tenga razón, pero sólo porque los vive desde fuera. Después de la historia con mi padre supongo que quiere ahorrarme el sufrimiento, pero mi vida y la suya no se parecen en nada. Ella pensará que sí, claro; su opinión es que Éric no me quiere, o quizá que no me quiere tanto como merezco.

En cualquier caso, aquella noche no había llamado para hablar de mí, sino de mi padre. Hacía tanto que no aparecía en nuestras conversaciones que no podía ni recordar cuándo lo había mencionado por última vez. Supongo que yo tenía la idea de que hay asuntos que es mejor no tocar, porque siempre que la *mémé* hacía algún comentario (y me consta que a la abuela le gustaba hacer comentarios sobre mi padre y la manera en que nos había *abandonado*) ella se ponía tensa, me miraba de reojo y enseguida intentaba cambiar de tema. Hoy la *mémé* ya no dice nada; por lo que explica mi madre, se pasa el día yendo de la butaca a la cama y de la cama a la butaca, pero yo creo que en aquella

época le tenía miedo, o al menos respeto, como si se hubiese ganado el derecho a decir siempre la última palabra.

De lo que dijo aquel miércoles, después de que Núria y yo nos hubiésemos conocido por teléfono, recuerdo sobre todo haber pensado que mi madre había superado el rencor, como si el tiempo le hubiese enseñado que no hay más verdad que la que fabricamos para convertir el pasado en un lugar habitable al que poder volver sin peligro. Me dijo que estaba convencida de que ella y mi padre compartían recuerdos de muchos momentos felices, y mencionó la tarde en que la trabajadora social les había ofrecido la posibilidad de adoptarme y les habló de mí. Tu padre, dijo, estuvo eufórico durante un tiempo. Ya podía estarlo, respondí, a los cuatro días no me hacía ni caso. Por aquel entonces yo aún conservaba intactas mis reservas de rencor.

Recuerdo el silencio de mi madre antes de anunciar el veredicto. Es terminal, dijo, y es tu padre. Si no vas a Barcelona, creo que algún día te arrepentirás, Naïma.

La vida con Marcel siempre había sido fácil. Júlia confiaba en él y sabía que no tenía que preocuparse por nada; su marido la veía guapa, incluso cuando no lo estaba, y a menudo le demostraba que sólo tenía ojos para ella. No miraba a las demás como posibles candidatas, y si alguna vez lo había hecho, ella no se había dado cuenta. Siempre había pensado que era una mujer afortunada: muchas de sus amigas, tras el fracaso de años de trillada convivencia, se habían visto inmersas en el juego del *segundo turno*, buscando empezar de nuevo entre un montón de candidatos con varias vidas a sus espaldas. Las reglas del juego eran extrañas, una especie de regreso a la adolescencia pero sin la ingenuidad de los diecisiete, donde cualquier reacción demasiado sincera era juzgada con desconfianza y vista como una debilidad. Los participantes tenían la vida organizada, hijos, aficiones, hipotecas, y buscaban a alguien dispuesto a encajar en los huecos del día a día más que a adaptarse al *modus vivendi* de un nuevo compañero. Las amigas más independientes habían aprendido a aprovechar la situación y se movían por aquel mundo con ligereza; las que aún soñaban con una relación sincera en un mundo de perros viejos habían tenido que adaptarse a un modelo sin ataduras que Júlia no entendía, un modelo exento —gracias a las ventajas del *segundo turno*— de implicaciones familiares que habrían sido inevitables en otras circunstancias. Las redes sociales le parecían el escaparate perfecto para aquella vida repleta de actividad pero carente de propósito, una exaltación de la amistad y el buenrollismo que había que compartir en tiempo real; el paraíso para los lanzamientos de caña encubiertos bajo pulgares alzados que más que *me gusta* servían para hacer público que *me gustas*. La relación de Júlia con Marcel podía ser convencional, pensaba ella, pero al menos se ahorraba el curro de buscar un compañero que le llenara las tardes de domingo entre un zoo de personajes que eran para salir corriendo y batir todos los récords.

En la vida plácida que compartían, los mayores desencuentros tenían lugar por discusiones cotidianas y por el descubrimiento ocasional de comportamientos que no se ajustaban a la imagen que tenían el uno del otro.

En ocasiones, la manifestación de algún nuevo interés era precisamente el origen de una bronca, como el día en que Marcel, que no había mostrado nunca inclinación alguna por la música barroca, quiso ponerle una pieza a Naïma antes de acostarla y Júlia le advirtió que la niña no estaba para inventos y que se olvidase de pruebas y de sopranos. No es una soprano, contestó él haciéndose el ofendido, es Jaroussky, pero Júlia se había reído en su cara: cómo quieres que sea un *tío*, ¿no oyes que es una voz de mujer? Es un contratenor, había aclarado él con tono paternalista, estuvo en el Liceu hace cuatro días y se ve que fue acojonante. Pues a mí me da dolor de cabeza, había dicho ella zanjando el tema, y ya oyes que Naïma está llorando: quizá no sea el mejor momento para musiquitas. Marcel terminó por claudicar, pero días después, mientras Júlia sofreía unos ajos tiernos con rebozuelos para hacer una tortilla, volvió a la carga preguntándole si no podrían echar mano de las influencias de su padre y conseguir un par de entradas para el recital de la Gruberová: ya verás, será espectacular; y ella preguntó pero a ti qué te ha dado ahora con la ópera, si no te ha interesado nunca lo más mínimo, y él dijo que cada vez le interesaba más, pero que la Gruberová no iba al Liceu a hacer ninguna ópera sino a cantar lieds, que de hecho se llaman *Lieder*, y ella había acabado preguntando si no podían ir al Verdi, al Bosque o adonde fuera, que desde la llegada de Naïma no habían podido escaparse a ningún lado, que sería un visto y no visto y a mí me haría ilusión, mucho más que todo eso del Liceu que dices tú.

No fueron a ver a la Gruberová, ni tan siquiera al cine, pero Marcel tuvo otra idea que pensó que a Júlia le gustaría. Mañana me llevaré a Naïma para que tengas todo el día libre, así podrás quedar con Cris o con Laura para comer o ir al cine, o quedarte tirada en el sofá y echar una buena siesta, si te apetece más. Dedicó el sábado a recorrer la Barceloneta con Naïma, imaginando cómo habría sido pasar la infancia en aquel barrio que siempre olía a domingo y a ropa tendida. A media tarde cogió el autobús y se plantó en los Jardinets con una bolsa del Baluard llena hasta los topes de panes que no habían probado. Júlia había ido al Verdi con Laura y llegó cuando Marcel ya estaba bañando a la niña. Cenaron viendo una película; al día siguiente, como hacía buen tiempo, él insistió en repetir destino para que les diese el aire a los tres. Hacía años que Júlia no pisaba el barrio y disfrutó con el arroz ahumado que algún compañero del trabajo había recomendado a su marido. Por primera vez desde la llegada de la niña sintió, y así se lo dijo a Marcel, que habían tenido un fin de semana redondo.

La noche en que Núria llamó, hacía tres meses (dieciséis semanas, para ser exactos) que lo había dejado. Con Éric, quiero decir. Fui yo; esta vez es la definitiva. Mi madre no sabe nada todavía, detectar un rastro de lástima en sus palabras habría acabado de hundirme y ya estoy suficientemente débil. Sé que tendría que salir más (ella insistiría en que lo hiciese), pero nada me llena tanto como para buscar una canguro que se ocupe de la niña una tarde, una noche.

No siempre ha sido así, desde luego. Tras el primer fracaso con Éric (ya van unos cuantos) no quería cerrarme a ninguna propuesta, a ninguna actividad. Me daba, y me sigue dando, pánico estar sola, no tener a nadie al lado que me reafirme en la idea de que soy una mujer válida, mínimamente atractiva, con un sentido del humor suficientemente agudo. Por aquel entonces no concebía que una chica que mereciese la pena pudiese estar sin pareja y que la comunidad masculina no se la rifase. Con el tiempo descubrí que estar sola no era una consecuencia, sino una elección; si hubiese querido, habría dormido acompañada todas las noches, pero no era lo que buscaba.

Respecto a mi relación con Éric, tenía claro que, por muy afines que fuésemos el uno con el otro, el hecho de encontrar una pareja compatible, alguien con quien llegar a ser razonablemente feliz, era sólo una cuestión de probabilidades, y me lo repetía tanto que había llegado a convertirlo en mi mantra particular. Digo razonablemente feliz porque me parecía inviable encontrar a alguien con quien pudiese entenderme tan bien, y porque la probabilidad de superar en intensidad los buenos momentos me parecía tan ínfima que ni siquiera perdía el tiempo en considerarla. Ya por aquel entonces pensaba que el éxito de una pareja se basa en tres elementos que distinguen una relación que no puedes dejar escapar de una mediocre en la que no merece la pena invertir ni tiempo ni esfuerzo. Supongo que el engaño estaba en creer que un compañero con quien pudiera tenerlo todo era tan difícil de encontrar que había que hacer lo imposible por conservarlo, incluso cuando lo más conveniente fuera alejarse de él. Éric y yo teníamos intereses afines, nos compenetrábamos en materia de sexo y compartíamos un tipo de humor

parecido: los tres pilares que yo consideraba básicos, aunque no necesariamente en ese orden. Así que se podría decir que éramos amigos, amantes, compañeros de viaje. Con los años he tenido la oportunidad de conocer a otros hombres, pero en ninguno he logrado encontrar la combinación perfecta que sólo he sabido ver en él.

No es que sea una de esas ilusas que piensan que entre toda la población mundial han tenido la suerte de encontrarse con su media naranja, en mi relación con Éric había muchos momentos que no eran, ni por asomo, para lanzar las campanas al vuelo. De vez en cuando, sin saber por qué, mis palabras no eran recibidas con la actitud habitual. Debido a algún imprevisto o a la frustración por algo que no había salido como él esperaba, se le agriaba el humor y cualquier detalle se convertía en una excusa para provocar una bronca que no admitía defensa. Tras cierta práctica aprendí a verlas llegar como un cielo encapotado que se acerca desde lejos. No siempre alcanzaba a cobijarme, pero con el tiempo había ido fabricando un repertorio de recursos que resultaban más o menos prácticos: a veces me hacía la tonta, otras redoblaba mi actitud cariñosa a medida que subía el tono, en ocasiones pedía disculpas por cosas que no había dicho o hecho. La regla de oro consistía en evitar llevarle la contraria o poner en entredicho sus premisas. Y esperar; saber esperar el momento propicio para plantear cualquier asunto. Tarde o temprano volvía a embargarlo el estado de euforia al cual yo estaba enganchada, porque cuando él era feliz ya no me hacía falta nada más.

No le costaba mucho ilusionarse. Llevaba unos días sintiéndose de nuevo cercana a Marcel y, como al principio, iba a esperarlo a la salida del instituto. Se encerraba en la cocina con Naïma y le cantaba canciones mientras preparaba platos que la mantenían distraída; marinaba el pollo con soja y jengibre mientras las berenjenas se confitaban en el horno, rellenaba las empanadas con mermelada de cebolla y setas, preparaba una compota de manzana que serviría luego con yogur griego para cenar. Tenía, y se lo repetía a menudo, la vida que quería tener. Se había visto obligada a trabajar menos, ahora que su madre ya no pasaba tanto por casa, pero a cambio se había liberado de la presión de los plazos y podía disfrutar de Naïma. Una tarde, cuando acababa de volver del instituto con Marcel, una vecina llamó a la puerta para darles un paquete que habían traído mientras estaban fuera. Aquella noche celebraron la llegada de su primer libro con vino y velas, estuvieron charlando hasta las tantas y es posible, incluso, que hubieran hecho el amor si no fuera porque, cuando Júlia acabó de lavarse los dientes, el sueño ya se había llevado a Marcel por delante.

A veces ella misma se daba cuenta de que se estaba pasando de eufórica. Cuando la psicóloga llamaba para ir a visitarlos con la excusa de orientarlos con los trámites de la adopción, Júlia se ponía en marcha para tenerlo todo listo días antes del encuentro. La primera vez, cuando fue a verlos para concederles el certificado de idoneidad, no sabían exactamente qué se esperaba de ellos y prefirieron volcarse en cuerpo y alma. Aún vivían en Sabadell y, aunque se aseguraron de comentar que estaban a punto de mudarse a Barcelona, pintaron el piso de arriba abajo para que, ya que no era grande, al menos se viese bonito. La víspera de la visita habían tenido que dormir con las ventanas abiertas por culpa del penetrante olor de la pintura ecológica. Al día siguiente fregaron la escalera, pusieron flores en la mesa del comedor y, tras una deliberación acalorada, quitaron la estelada del balcón, por si las moscas. Completaron la decoración con un par de fotos de los hijos de Laura —sus ahijados, si se lo preguntaban—, y subieron la gata a casa de los vecinos, por si daba la casualidad de que los animales no fuesen del

agrado de la persona que debía redactar el Informe. Más tarde, cuando Naïma entró en casa por primera vez, casi había sido peor. Se habían presentado tres técnicas de la Dirección General de Atención a la Infancia y Adolescencia, la DGAIA para los amigos, con la familia de acogida. Parecía que estuvieran pasando un control de calidad, recordaba Júlia siempre que lo contaba, enseñando los guisantes y la bandeja de pollo recién salida del horno, y aun así el encuentro le había resultado bastante agradable, seguramente por la presencia de la niña y gracias al pisolabis —servilletas nuevas, la casa por la ventana— que los visitantes debían de estar esperando en secreto, a juzgar por cómo lo liquidaron sin dejar rastro, especialmente la fuente del jamón.

En algún momento, a mediados de enero, ella se preguntó si no estaría volviéndose loca. Quizá porque tenía mucho tiempo para pensar, sola en casa con Naïma, se sentía receptiva a todo tipo de indicios; el caso es que no tardó en reunir una serie de pruebas que reforzaban un argumento que poco a poco iba cobrando solidez. Las primeras inquietudes aparecieron a principios de semana. Habían pasado un domingo plácido; la única discusión había estado relacionada con la nueva manía de Marcel, que por las mañanas se empeñaba en despertar con música a Naïma para que se levantara de buen rollo e irrumpía en la habitación cantando «Johnny B. Goode» con el móvil a todo trapo. El lunes salió de casa con tantas prisas que se olvidó el desayuno en la encimera. Cuando Júlia le escribió para decírselo y para recordarle, ya de paso, que el jueves venía Magda, la Psicóloga-Con-Mayúscula, le extrañó la hora de su última conexión, de madrugada. Él contestó enseguida para decir que ningún problema, que pasaría por el bar antes de entrar al trabajo, y remató el mensaje con un muaaaaak! y una ristra de caritas amarillas y besuconas.

Pasó unos días distraída preparando la visita de Magda. Como siempre, había dejado a la vista los DVD de cine independiente y escondido la tele de la cocina en un armario; había llenado el balcón con plantas nuevas y en el espejo del lavabo llevaba días pegado un post-it, justo a la altura de los ojos, que obligaba a leer el recordatorio ¡COMPRAR PASTAS DE TÉ! Había estado a punto de decantarse por la pastelería árabe, que quizá les habría dado un toque más cosmopolita, más viajado, pero en el último instante la había descartado por considerarla una elección demasiado obvia y porque temía que a la Señora Inspectora —para Marcel, la DGAIA era la Dirección General de Alta Inspección de Adoptantes Pringados, y la P final, una licencia poética— le pudiera parecer demasiado empalagosa.

Se acercaba la presentación del libro y, a pesar de tener la mente ocupada, había sido incapaz de alejar de su cabeza la idea absurda que la rondaba, quizá porque todas las mañanas, nada más despertarse, lo primero que hacía era comprobar la última hora de conexión de su marido. Cuando estaba en casa lo miraba de reojo en cuanto cogía el móvil. Lo más desconcertante — aunque, al mismo tiempo, la tranquilizaba— era constatar que casi nunca escribía nada. Enseguida se cansó de buscar indicios donde no los había, y se habría acabado olvidando del asunto si no fuera porque el miércoles se llevó a la niña a buscar a Marcel a la plaza y él no se presentó. Lo estuvieron esperando un buen rato, alternando llamadas al móvil y al fijo, pero no contestaba en ninguno de los dos. Cuando volvieron a casa no hacía ni cinco minutos que había llegado, pero ya se había puesto las pantuflas y estaba sentado frente al ordenador. Nunca entendió por qué le mintió si no tenía nada que esconder; el caso es que cuando Júlia le preguntó dónde había estado respondió que había ido directamente a casa y luego ya no pudo rectificar. Con el tiempo aprendería que las mentiras no son grandes o pequeñas según lo que encubren, sino en función de los efectos que provocan cuando son descubiertas.

La conversación que tuvo lugar después no hizo más que complicar la situación. Naïma lloraba de hambre mientras su madre trituraba la fruta; Marcel recurría a subterfugios para justificar su engaño; Júlia opinaba que aquello era una tomadura de pelo y que había que ser muy burro para tragársela. Él podría haber confesado la verdad —que se le había hecho tarde hablando y había querido ahorrarse una bronca que, comparada con aquella, ya le parecía de juguete—, pero el hecho de haber querido tajarla con una mentira lo convertía en sospechoso para Júlia, que no podía entender que su marido le mintiese sin necesidad. De nada servía justificarse diciendo que en ningún momento habían quedado en verse: el engaño lo desacreditaba y tenía más cosas que perder que cosas que ganar.

La merienda de Naïma fue una tregua de media hora durante la cual ella esperaba un argumento al que agarrarse sin quedar como una boba a ojos de

los dos. Él no volvió a tocar el teléfono, pero tampoco hizo ningún intento por explicarse, y las caras largas continuaron hasta el día siguiente, tras una noche toledana en la que Júlia no dejó de dar vueltas en la cama, convencida de que Magda detectaría aquella tensión a kilómetros de distancia. A pesar de estar sola con Naïma hasta después de comer, el humor no le cambió en absoluto. No fue hasta primera hora de la tarde, cuando Magda llamó a la puerta, que se puso la máscara para abrir con una sonrisa.

La entrevista, afortunadamente, no fue larga. De poco sirvieron las horas invertidas en ofrecer una imagen impecable: la colcha recién traída de la tintorería; el adorno navideño olvidado adrede en un estante junto a los libros de arte, para que no pareciese que lo habían repasado todo cuarenta veces; las pastas de té que sólo probó Júlia y que la convencieron de que la próxima vez debería intentarlo con la pastelería árabe. En condiciones normales le habría sabido mal tirar por la borda tanto esfuerzo, pero aquella vez celebró por todo lo alto el imprevisto que había obligado a Magda a acortar la visita, pues le ahorró tener que jugar a la familia feliz con Marcel. Qué lástima que no podáis coincidir, dijo, mofándose interiormente de Magda y de su manía de apuntarlo todo, incluso cuando no había nada que apuntar. En el fondo, cuando le salía bien —y por eso, seguramente, le dedicaba tantas horas—, disfrutaba interpretando toda aquella comedia. A veces se preguntaba con malicia qué pensaría Magda si la viese masturbándose en la ducha, por la mañana, mientras Marcel aún dormía, o utilizando el vibrador que se empeñó en comprar para animar la vida de pareja y que se quedó en un rincón hasta que lo rescató para ofrecerle una segunda vida. Quién sabe, pensaba de vez en cuando, si la propia Magda no esconde uno igual en un cajón y lo usa cuando está sola.

En cuanto Magda se fue, llamó a Laura y quedaron para tomar un café. Las conexiones de Marcel a medianoche y que saliese con prisas por las mañanas no parecían pruebas condenatorias, pero la mentira hacía que lo contemplase todo bajo otro prisma. ¿Esconde el móvil?, le había preguntado Laura. No, lo dejaba en la mesa, como siempre, o cargando en el enchufe del recibidor. ¿Lo tenía en silencio para evitar que lo delatase la entrada de mensajes? Tampoco; si lo silenciaba era porque ella se lo pedía cuando acostaba a la niña. Ostras, Júlia, había sentenciado Laura, quizá tendrías que darle un margen de confianza. Marcel es un buen tío. Espera un poco a ver, ¿no?

El problema de esperar era la incertidumbre. Preguntarse si estaba enfrentándose a una catástrofe o si se estaba torturando innecesariamente, imaginándose indicios donde no los había, le producía una desazón que no la abandonaba en todo el día. Le habría gustado poder confiar en su marido; no habría variado el curso de los acontecimientos, pero se habría ahorrado sufrir hasta que llegara el momento, si es que llegaba. Al final, tras mucho insistir con el tema, consiguió que Marcel le explicase cómo había ido la cosa. ¿Por qué no me lo decías, si sólo era eso?, dijo intentando contener un llanto que no sabía si era de alivio o de tristeza. Tengo la sensación de estar cagándola todo el rato, haga lo que haga, dijo él bajando la voz: contigo todo es muy difícil; ahora mismo estás llorando y no sé ni lo que he hecho.

Ella habría querido disculparse, explicar que no sabía qué le pasaba, pedir un esfuerzo mutuo para que todo volviese a ser como antes. No estoy llorando, dijo conteniendo el sollozo que le oprimía el esófago, antes de deshacerse del abrazo y encerrarse en el váter para llorar en silencio, esperando el primero de muchos gestos que no iban a llegar.

Me he preguntado muchas veces hasta qué punto buscaba Éric deliberadamente la confrontación, si era consciente de que se aferraba a detalles estúpidos (¡un verbo mal escogido, un adjetivo!) para justificar un mal humor previo, si realmente llegaba a creer, tal como aseguraba, en la presunta carga ofensiva de mis palabras. El tono que usaba al descolgar el teléfono era un indicio del estado de la cuestión y activaba la alarma para andar con pies de plomo; la broma que un día le hacía gracia al día siguiente era motivo de contrariedad. Ante aquella situación la única salida era huir, colgar el teléfono con cualquier excusa antes de que llegase la sangre al río y esperar a que pasasen las horas: al día siguiente la ofensa parecía haberse evaporado o no haber existido nunca, y a veces incluso se disculpaba. El problema eran las conversaciones cara a cara, de las cuales no podía huir sin dejarlo plantado, pues se lo habría tomado como una ofensa. Periódicamente, ante su insistencia, cometía el error de intentar razonar, de querer justificar mis palabras para demostrar que estaban en las antípodas de la intención que él les atribuía. Digo error porque durante la conversación no me dejaba acabar ni una sola frase, y yo me iba poniendo cada vez más nerviosa hasta que me costaba respirar y sólo sabía aflojar la tensión llorando. Me temo que Éric conocía perfectamente la intención real de mis palabras, pero aceptarlo habría frustrado una discusión que le resultaba necesaria en aquel preciso momento. Necesitaba sacar aquella ira acumulada y sabía que yo estaría allí, intentando entenderlo, procurando dar a la situación la importancia que requería sin darme cuenta de que todo aquello simplemente tenía que ver con el estado de ánimo de Éric, para quien el mundo un día era una mierda y al siguiente un lugar que tienes que venir a conocer.

Pero en aquella época Camille aún no estaba. Ahora necesito una estabilidad que antes podía permitirme no tener. Sin embargo, últimamente vuelvo a pensar demasiado en Éric, y lo peor es que el recuerdo de los malos momentos ha empezado a evaporarse. Sólo he hablado de ello con Steffi, a quien llamo cuando el nudo en el estómago es tan grande que necesito llorar o preguntarme cómo he llegado hasta aquí, o las dos cosas a la vez. Por las

noches me meto en la cama en cuanto Camille se duerme. A veces estoy tan cansada que adelanto la hora de la cena y bajo las persianas. Es hora de ir a dormir, le digo. Cualquiera diría que trato a mi hija como si fuese un canario, pobrecilla.

No soy tan ingenua. Sé que meterme en la cama no es el recurso más eficaz, pero al menos no tiene efectos secundarios. Me dan pánico las pastillas y la realidad ficticia que prometen: si los cambios que producen se limitan al interior, si tan sólo pueden alterar la percepción de lo que vives pero fuera no cambia nada, ¿de qué sirven? En vez de tomarme un ansiolítico prefiero dormir. A veces pienso que lo ideal sería hacerlo durante todo un año, o incluso dos, y dejar que el tiempo, que todo lo cura, haga su trabajo mientras yo me evado, pero no puedo permitírmelo, claro está. Ahora tengo a Camille, y lo único que puedo hacer es darle la cena pronto y esperar que no tarde en dormirse para desaparecer a toda prisa, yo también, bajo la manta.

Sería distinto si ella durmiese del tirón toda la noche. Cada vez que se despierta me desvelo y cometo el mismo error. Al día siguiente estoy destrozada, claro. Bruno no deja de repetir que eso no me ayuda. Aunque en realidad no es él quien lo dice: su trabajo consiste, más bien, en hacer preguntas. Es increíble hasta qué punto contar tu vida a un desconocido puede servir para ordenar las ideas. Es él quien me ha pedido que ponga por escrito qué veo, qué busco en mis evasiones nocturnas. O quizá no haya sido él, sino yo, quien ha decidido sentarse y transformarlo en palabras, porque escribir, cuando se trata de poner orden, me ayuda aún más que hablar.

En cuanto a las preguntas de Bruno tengo claro que no, que no me ayudan, pero conocer la teoría no implica tener capacidad para llevarla a la práctica. Todas las noches, después de darle el biberón a la pequeña y arroparla en la cuna con el pañal limpio, caigo en la tentación y enciendo el ordenador.

*BRUNO 1.doc.* La primera vez fue Noto. Recordaba las calles adoquinadas de una ciudad colosal perdida al sur de Siracusa, las fachadas repletas de palomas bajo un azul imposible, los vientos atávicos haciendo revolotear las plumas entre sillares definitivos tallados en piedra pómez. Y la vaga noción, o tal vez la convicción, de haber sido feliz con Éric recorriendo con los dedos las arrugas de la piedra, sintiendo en la palma de la mano la calidez casi humana de escalinatas y muros abandonados al sol, abrazando columnas de una catedral antigua desgastada por los vientos con paciencia secular.

La memoria es el ejemplo de la mentira perfecta: no hay ni un solo coche en el recuerdo de aquellas calles empinadas que nos llevaban, cuesta abajo, hacia el azulado horizonte. Separamos los recuerdos que queremos conservar y los construimos a medida, matizándolos para limar las aristas afiladas y hacerlos asumibles, convirtiéndolos en guijarros que nos llenan los bolsillos con el peso de los años. Algunos, los más preciados, los llevamos apretados en los puños como tesoros de infancia. Nos engañamos. En mis recuerdos, la añoranza paterna es tolerable y deja incluso un dulce regusto de nostalgia. Los momentos dolorosos con Éric han desaparecido, como su rastro en el pijama que no he querido lavar y aún conservo debajo de la almohada. Quizá por eso vivo en el pasado, vuelvo noche tras noche al escenario intacto de una felicidad rememorada. Desciendo la calle bajo ménsulas de piedra y enrejados, recorro muros conventuales e iglesias demasiado grandes para poder llenarse. Oigo el tañido prehistórico de los campanarios anunciando la llegada de un crepúsculo que nunca llegará, porque el cielo de Noto, en Google, tiene siempre el mismo tono, y la luz, calculo, es la luz de media tarde. Ni rastro, pues, del cielo de civilización perdida, como de incendio o de volcán, que conservo en la memoria. Ni rastro del sol de realismo mágico o de los campesinos atisbando la nube cenicienta con la emoción filtrada por la costumbre. Ni rastro de las plumas, como si las cuatro *nonnas* del pueblo hubiesen salido a barrerlas previendo el paso de los señores del *street view* y su vehículo futurista, y estuviesen esperando, atrapadas en un pliegue del tiempo, la llegada del crepúsculo para volver a subir las persianas.

Ni rastro de Éric, tampoco. O quizá sólo su rastro.

La presentación del libro quedó deslucida por el asunto de los pendientes, por mucho que nadie —o eso le pareció— se diese cuenta de nada. Tània, la chica que limpiaba en casa de su madre, le había planchado el vestido caqui que solía escoger para recordarle al mundo que tenía los ojos bien verdes, y los zapatos de tacón la habían levantado lo suficiente como para no pasar desapercibida. El toque de originalidad lo ponían los pendientes que le había regalado Marcel y que colgaban temblorosos como gotas de tinta a punto de caer en un vaso de agua: réplicas minúsculas de Moby Dick compradas a una compañera del trabajo que las fabricaba a mano y las entregaba envueltas en papel de seda amarillo.

Clausells había sido el primero en elogiar su aspecto. Quizá había sido casualidad, pensaba ella, que hubiese esperado a que Marcel no estuviera delante para soltarle un piropo: si publicar sus textos iba a servir para verla tan guapa, tenía la editorial a su disposición para las *Obras completas*, y a ella la había descolocado oírle un tono tan distinto al habitual y más aún darse cuenta de que no le había molestado en absoluto el comentario. Cuento con ello, le había contestado, risueña; mira que como me ponga a escribir ocho horas al día vas a tener que comerte tus palabras, pero entonces había aparecido Marcel con compañeros del instituto y la conversación había quedado interrumpida.

La sala empezaba a llenarse y el público —amigos suyos o de la familia, un par de vecinos del barrio a los que saludaba por la calle, algún desconocido, aunque no muchos— iba tomando asiento, preparándose para el inicio del acto. Júlia aún se acuerda de todo esto, veintitantos años después, si algún detalle la empuja a recordarlo. Marcel, todo un dechado de simpatía, se había acercado para presentarle a unos compañeros, de los cuales sólo reconoció al jefe de estudios, con quien habían coincidido algún domingo por los alrededores de la calle Verdi. Te acuerdas de Jaume, ¿verdad?, había dicho mientras se aproximaba, justo antes de presentarle a Sandra, Jordi y Bruna, que esperaban para saludarla con los besos de rigor. ¡Esos pendientes los conozco!, había dicho Bruna al llegar su turno, y entonces, dirigiéndose a

Marcel: mira que eres tramposo... ¡Conque eran para la niña cuando fuese mayor! Me los ha robado, respondió él con una sonrisa. Sí, sí, ya, ya, dijo Bruna mientras le daba dos besos a Júlia. ¡Di que sí, mujer, que éstos son para ti! ¡Ya haremos otros! Son bonitos, ¿verdad?

Aquella fue la primera punzada auténtica, pero Júlia aún no lo sabía. No fue hasta más tarde, volviendo a casa, cuando se dio cuenta de la inquietud que la rondaba como un asunto pendiente. No habría sabido precisar qué era exactamente lo que la había puesto en guardia, como si estuviese bajo alguna amenaza: tal vez la familiaridad en las palabras de Bruna, que destilaban una complicidad casi física, palpable, al dirigirse a su marido como si estuviesen solos para compartir una broma íntima. Tal vez porque Bruna le había parecido una persona relajada y feliz —más relajada de lo que ella misma podría llegar a estarlo nunca— y no tenía razones objetivas para criticarla, por mucho que las buscase, o porque, precisamente, le había caído bien cuando en su fuero interno sabía que lo más sensato era mirarla con recelo. Tal vez porque había notado el perfume fresco de su pelo, como de champú o de suavizante, al acercarse a saludarla. Tal vez —y seguramente allí radicaba todo, pero esto no lo pensó hasta el día siguiente, cuando llamó a Laura y se escuchó a sí misma contándolo en voz alta— porque, en un momento de la presentación, Marcel había dejado a Naïma en brazos de Bruna para tomar algunas fotos, y cuando la había mirado de reojo la había visto arrullando a su hija con la ternura de una madre.

No quiso saber nada; por lo menos al principio. No quería saber si Marcel y Bruna hablaban poco o mucho, ni de qué materia daba las clases, ni si había sido ella la que lo había entretenido en el instituto, charlando a la salida, unos días antes. No podía acusar de nada a Marcel, más allá de haberla negado —y esto también era discutible, y acabó siendo discutido— frente a Bruna. ¿Por qué, si no, le habría encargado los pendientes con la excusa de comprarlos para la niña? ¿Acaso no quería cerrarse ninguna puerta, se había cansado de ella, buscaba nuevas emociones que lo hiciesen sentirse vivo coqueteando con otras? Le costaba quitarse de la cabeza la imagen de Bruna —labios rojos, flequillo despeinado, pechos a la vista— sonriendo con complicidad a su marido, y le costaba más aún quitarse la imagen de Marcel —me los ha robado, ñeñeñé, tan babosamente simpático cuando se trataba de socializar con el resto del mundo— haciéndole la pelota a aquella zorra calientapollas. Podría haberse callado, claro que sí, esperar a que la rabia se desbravase hasta que ya no tuviese ningún sentido seguir dándole vueltas al asunto, pero no se pudo contener. No quería saberlo, ciertamente; no quería saberlo, pero lo necesitaba.

Volviendo de la presentación, sentada en el asiento de atrás con Naïma, que dormía tranquilamente desde el minuto uno, empezó la ofensiva. Pásame tu móvil, cariño, que tengo el mío en el maletero, le pidió, atenta a su reacción en el retrovisor. Está sin batería, ¿quieres que pare? Da igual, déjalo, no quiero que Naïma se despierte con el golpe. Sí que te dura poco, ¿no?, añadió como quien no quiere la cosa. Es que no lo he cargado en todo el día. Eso es porque pierdes demasiado tiempo chateando con la chica esa, dijo Júlia antes de que se muriese el tema, haciendo un esfuerzo por sonar divertida, ahora no me acuerdo de cómo se llama, la de los pendientes que compraste para Naïma. En el espejo, los ojos de Marcel mostraron por fin la incomodidad que Júlia andaba buscando: ahora te escucho, pensó, a ver cómo te las arreglas. No eran para Naïma, dijo él, eran para ti. Pues no me apostarí un brazo, contestó Júlia, forzando una sonrisa que no supo transmitir a su tono de voz, con ella delante no lo has dicho tan claro, y se permitió el lujo de picarlo con

una imitación excesiva a ojos de Marcel: me los ha robado, jiji, jaja, mira qué enrollado soy. Era una broma, Júlia, dijo él con voz cansada y sin apartar la vista del frente. Pues qué suerte tiene esa chica, le haces bromitas y todo. ¿Se puede saber a qué viene todo esto, Júlia? Uy, ya empezamos con los Júlia... Te lo he dicho mil veces, Marcel —lo dijo alargando la *e* con condescendencia—, cuando empiezas a usar el Júlia para terminar las frases es que estás de mal rollo y con ganas de bronca. ¿Bronca de qué, Júlia? ¿Lo ves?, dijo ella con una risa forzada, lo-has-he-cho-de-nue-vo. Yo no he hecho nada, yo no hago nada, ni ahora ni nunca. Estoy harto, no le veo la gracia a ninguno de tus comentarios; te pasas todo el día atacándome. Yo no ataco a nadie, eres tú, que te picas por todo, pero tranquilo: ya veo que tu amiga es intocable; te pones a la defensiva en cuanto sale en la conversación. ¡Pero si yo no hago nada, Júlia! ¿Quieres dejar de gritar?, dijo ella. Cómo se nota que te importa una mierda que se despierte. Es que no te entiendo, ¿qué pretendes? No pretendo nada, Marcel, sólo digo que no soy tonta, que veo cómo la miras, que entiendo muchas cosas. No estamos hablando en serio, ¿verdad? —él se habría quedado a gusto perdiendo los papeles, pero hizo un último esfuerzo por controlarse—. Esa chica no tiene ningún interés y lo sabes igual que yo. Tiene la vida organizada, dos hijos y un marido con quien está la mar de bien. Y, de todas formas, qué más me da cómo esté, ha querido ir a la presentación, como muchos compañeros que hoy han querido estar ahí, porque tú me pediste que hiciera correr la voz. No te entiendo lo más mínimo, Júlia. De hecho, ni siquiera sé por qué me estoy justificando. No entiendo por qué tenemos que perder el tiempo con conversaciones estúpidas como ésta.

Ella se sintió un poco más tranquila. Le apetecía decirle que los había visto tan amigos que pronto tendría tantos pendientes como quisiera, pero ya le pareció pasarse de la raya. Había perdido la oportunidad de forzarlo a que diese una explicación, a justificar por qué no la había mencionado ante Bruna y por qué le había quitado importancia a todo ello cuando se habían acabado encontrando los tres. Podría habérselo preguntado directamente, pero en el fondo le daba vergüenza exponerlo con toda franqueza, a las claras, porque Marcel se le habría reído en la cara y la habría dejado en ridículo tildándola de celosa, de irracional o de ambas cosas. En cualquier caso, si todo era tan natural, ¿por qué le contestaba con evasivas? La próxima vez que mordiese, pensó, más le valdría no dejar escapar la presa.

Cuando Júlia se puso a curiosear el móvil de su marido no sabía hasta qué punto acabaría arrepintiéndose. Antes había buscado a Bruna en *féisbuc* — que es como se referían a la red social cuando aún tenían tiempo y ganas de bromas—, pero no había descubierto nada. Como no podía ser de otro modo, la bruja era amiga de su marido, pero había poca información abierta al público y ni siquiera tenía una foto suya colgada en el perfil, como las personas normales, que pudiese servirle para comprobar que era tan *de todo* como recordaba: tenía colgada una imagen como de sombras chinas que aún la puso de más mala leche. Si se lo hubiese preguntado, Bruna le habría explicado amablemente que había elegido un fotograma de *Papageno*, un corto de animación de Lotte Reiniger que le gustaba ver con sus hijos. Si Júlia, entonces, hubiese atado cabos, quizá se habría inventado alguna excusa para impedir que Marcel fuese al Liceu aquel fin de semana a ver a Juan Diego Flórez actuando en *La sonnambula*.

La cosa se había calmado desde el incidente de la presentación, pero la situación seguía siendo tensa. Estas cosas se notan, le acabaría reprochando a Marcel entre lágrimas una vez recibida la confirmación oficial del desastre. Por el momento, la intuición le decía que había hecho el ridículo frente a una mujer que por fuerza tenía que compartir con su marido un lazo más estrecho de lo que parecía. Marcel no se la jugaba por poca cosa: no se la había jugado antes —que ella supiese—, pero si alguna vez lo hacía, si en aquel momento lo estaba haciendo, no sería por un polvo y basta, eso lo tenía claro: estaría metido hasta las trancas. Marcel era de los que se enamoran como bobos, que no pueden pensar en nada más, que se obsesionan. La misma cualidad que la había atraído cuando se conocieron le atenazaba ahora la boca del estómago hasta provocarle náuseas.

Que Bruna adoraba la ópera lo acabaría descubriendo Júlia más tarde, al interrogar a Marcel cuando todo estaba visto ya para sentencia y no quedaba mucho que ocultar. Por aquel entonces aún no conocía el origen de la afición de su marido por la lírica, pero pronto empezó a percibir el rastro de Bruna, real o no, en cualquier nuevo entusiasmo que Marcel demostraba. El insomnio

de una noche de invierno fue el responsable de que se decidiera a curiosearle el móvil. A pesar de que él hacía rato que dormía y no se habría despertado aunque Naïma hubiese empezado a berrear, no quiso mirar nada hasta encerrarse en el lavabo. Cuando sacó el teléfono de debajo de la bata estaba temblando, no tanto por miedo a ser descubierta, sino a ser ella la que descubriera algo. Hacía días que, de reojo, había memorizado el diagrama para desbloquear el móvil, y en un segundo tuvo el teléfono disponible para chafardear lo que hiciera falta. Miró las llamadas. Nada. Miró los mensajes de WhatsApp y después los sms. Tampoco. Miró el correo electrónico, pero por Bruna no encontró nada, y le faltaban datos, el apellido, más pistas. Antes de devolver el móvil a su sitio pensó en apuntar el teléfono de Bruna por si acaso. El número sí que estaba. Puto Marcel.

Se pasó un buen rato sentada sobre la tapa del váter sin hacer otra cosa que imaginarse traiciones de todo tipo. Cuando salía del lavabo, Naïma se despertó. Tras el cambio de pañales, sacó el número del bolsillo y lo guardó en la mesita de noche, doblado por la mitad, detrás de unas velas olvidadas y dos paquetes de pañuelos: un pedazo de papel mal arrancado, sin nombre, escrito con tinta azul.

Es cierto que mi padre, al principio, se conectaba a WhatsApp. Lo explica en su texto, que es la carta más larga que he leído nunca y casi parece una novela. Dice que lo hacía para saber más cosas de ella; para sentirla cerca, para imaginarle una vida cuando sólo tenía conjeturas y la necesidad de llenar un vacío que se le hacía grande por dentro. Dice que me lo explica pero que, como tantas otras cosas que quizá me explicará también, le da vergüenza haberlo confesado cuando lo ve escrito en la pantalla. No me parece que tenga que avergonzarse de nada, me recuerda al adolescente que llama por teléfono para escuchar la voz de la chica de sus sueños y cuelga cuando ella responde. Todo esto ya no pasa, por supuesto, y hay que retrotraerse cuarenta años, tal vez cincuenta, viajar a un mundo imposible en el que no había móviles y podías pasarte días ilocalizable si habías salido a comprar, o al cine, o estabas a punto de llegar a casa y te habías parado a hablar con algún vecino. Me habría gustado decirle que no me parecía ninguna vergüenza: para nada, papá; que incluso me inspiraba ternura.

Creo que mi padre quiso escribir todo esto para congraciarse conmigo, para demostrarme que podía ser completamente sincero, que estaba dispuesto a enseñar todas las cartas para que, si yo quería, pudiese creerle. El caso es que se pasó meses mirando a qué hora se conectaba ella, preguntándose si aquella última aparición pasada la medianoche era fruto de una salida nocturna o de haber ido a llevarle un vaso de agua a su hijo pequeño, si la primera entrada de un domingo a media mañana significaba que había dormido hasta tarde o que había estado demasiado ocupada para mirar el móvil hasta entonces. Comprobar el teléfono fue, en los primeros tiempos, su deporte, el primer gesto de la mañana y el último antes de irse a dormir, y se sentía a su lado cuando la veía conectada, pensando que compartían un canal estrecho, un hilo invisible que los unía aunque no se dijeran nada, como si ambos estuviesen mirando la misma luna.

No fue hasta más tarde que se atrevió a decirle algo, días después de que mi madre lo descubriera, porque me jugaría el cuello que ella lo supo incluso antes que él. Al principio eran comentarios sin ninguna consecuencia,

pequeñas bromas que habrían resultado inofensivas si Bruna no hubiese ido descubriendo que ella también tenía necesidad de hacerlas, si no se hubiese puesto en manos de mi padre confiando en que se las tomaría como lo que eran: el juego que buscaba para alimentar una necesidad (la de recibir una atención que hacía tiempo que no recibía, la de saberse valiosa para alguien), sin peligro de ir más lejos, de hacerse daño o de hacer daño a terceros.

El problema de este tipo de intercambios es que sólo puede ser inofensivo cuando el otro no siente nada, cuando no recibe las palabras con la misma palpitación, casi delatora de tan escandalosa, que te deja malherido cada vez que un nuevo mensaje ilumina la pantalla. Mi padre dice que utilizaban las frases del otro para llenar un vacío interior del que eran conscientes desde hacía años pero que ninguno de los dos había hecho resonar todavía, que vivían convencidos de que el juego no se les escaparía de las manos y que sabrían mantenerlo en el reducto seguro de los anhelos íntimos, que pensaban que el otro no lo vivía como ellos y eso los dejaba fuera de peligro. Que empezaron a desear que el otro lo sintiese también cuando se descubrieron esperando sus mensajes con la dependencia de un toxicómano y se vieron inventando una vida improbable a su lado; que nunca habrían podido imaginar que aquello se convertiría en el incendio que acabó siendo: un fuego que se propaga ante la impotencia de quien sólo puede dejarlo atrás o enterrarse en vida, escribe, habitando el paisaje devastado que algún día amó.

La incursión de Júlia en la privacidad de Marcel no le sirvió, como se había prometido, para estar más tranquila. En vez de olvidarse del asunto, volvió a la carga un par de noches más, hasta que se cansó de curiosear en las intimidades ajenas y ya no temblaba con el móvil en la mano. Sin embargo, el insomnio real empezó un sábado de febrero, después de que Marcel hubiese ido a ver *La sonnambula*.

Júlia no estuvo aquella noche en la platea para poder comprobar nada, pero tuvo una intuición. Al poco de salir Marcel —había quedado con Roger, un compañero que iba con su mujer, pero que había conseguido otra entrada, la de una amiga, *in extremis*— se le ocurrió comprobar por última vez la conexión de su marido. Estaba tan convencida del engaño que no le sorprendió verlos *online* a los dos, a él y a Bruna, durante lo que supuso era el trayecto que tenían que hacer para encontrarse. La cabeza se le disparaba imaginando lo que debían de estar diciéndose; habría puesto la mano en el fuego a que había sido él quien había empezado con un *llego* un poco justo, y ella habría respondido con un *tranqui*, *yo acabo de salir*, en un tono tan distinto al que ella, su mujer, empleaba cuando llegaban tarde a los sitios. Ninguno de los dos volvió a conectarse hasta el entreacto: él para contestar un mensaje de Júlia —qué pena no estar ahí, carita triste. La próxima vez iré contigo, guiño— y ella, supuso Júlia, para comprobar si había mensajes de casa o de quienquiera a quien tuviese subyugado con sus encantos de intelectual liberada y culta. Luego, de nuevo, ninguna conexión hasta el final de la función. Habría llamado a Laura, pero incluso ella se habría reído: así no vas a ninguna parte, Júlia; te acabarás haciendo daño. Le daba igual. Al terminar la función —clavado: ni un minuto más de lo que indicaba el Liceu en su página web—, otra conexión, breve. Y, durante el rato de la cena —vamos a picar algo rápido, cariño, carita sonriente—, ninguna otra entrada ni de uno ni de la otra. Júlia supo que Marcel estaba a punto de llegar porque antes de meter la llave en la cerradura aún habían estado chateando alrededor de media hora. Teniendo en cuenta la distancia ridícula entre el barrio y el Liceu, al menos en metro, dedujo que habría acompañado a casa a la

calientapollas y que, después, aún habrían seguido hablando mientras el príncipe galante volvía a casa.

Júlia no estuvo aquella noche en la platea. No pudo ver, por lo tanto, a Marcel en la penumbra desviando la mirada del escenario, del ventanal enorme por donde entraba una luna casi real, para mirar a Bruna, ni escuchar el lamento de Amina mientras la orquesta prácticamente enmudecía; tan sólo, si acaso, el susurro de una cuerda, aunque Marcel no habría podido asegurarlo, concentrado como estaba en el rumor de una respiración, de una palpitación intuida. No pudo estar en la platea, ni dentro de Marcel para sentir cómo se debatía entre acercar su mano a la de ella o permanecer inmóvil, reprimiendo la necesidad de confortarla mientras los ojos se le humedecían con las últimas notas del «Ah! Non credea mirarti». No pudo estar allí para escuchar el aria que Amina lloraba sobre las flores marchitas, ni sentir el dolor de Elvino por el sufrimiento de su amada, ni comprender el de Marcel devastado por la emoción, conmovido por una lágrima perdida en la mejilla de Bruna, que debería haberse llamado Amina para que todo aquello pudiera acabar bien. No estaba allí en los últimos minutos, cuando la orquesta se avivó de golpe, dejando atrás la intensidad de los malos momentos, y el corazón se les pudo desencoger al fin, la tensión en los hombros remitió y fue el momento de estallar en aplausos para canalizar toda aquella emoción que se les desbordaba por dentro, para compartir todo aquel entusiasmo que Marcel habría querido aprovechar para abrazarla, eufórico, antes incluso de salir del teatro. No estuvo allí, en definitiva, para poder imaginar la intimidad que aquella noche se estableció entre los dos, ocupada como estaba en imaginar un idilio insustancial, repleto de iconos sonrientes que ahorraban tener que expresar lo que sólo puede decirse con la piel o las palabras.

Decidió no hacer nada. No tenía más pruebas que la intuición, y esperar a Marcel dispuesta a tirarle encima toda la caballería lo habría prevenido de una posible emboscada que en el futuro podía servir para ponerlo en evidencia. Si decidió ser paciente, en todo caso, no fue porque se viese capaz de tirar adelante con tanta inquietud a cuestas, sino porque en el fondo sabía que no tenía nada, más allá de un farol, y que si jugaba mal sus cartas compraría todos los números para convertirse en una cornuda incapaz de demostrar al mundo que no se estaba inventando una jodida teoría de la conspiración.

Cuando llegó Marcel y se la encontró despierta tuvo un par de minutos — colocado todavía por la euforia, se dijo ella— para dedicarse a elogiar a los cantantes, la escenografía, la orquesta, lo que hiciera falta. Contestó rápidamente y sin vacilar a las preguntas que Júlia iba dejando caer como quien no quiere la cosa, e incluso se animó a dedicar una crítica —pequeña, dijo, justificándose— a la mujer de Roger: la pobre no callaba. Júlia habría querido matarlo a él, a Roger y a su puta esposa inexistente. Fingió una sonrisa procurando que se notase fingida, un poco para ponerlo nervioso y otro poco para demostrar que no era tan idiota como él pensaba y que más le valía no pasarse de cínico. Descubrir que Marcel se divertía inventándose historietas mientras ella se desquiciaba habría sido para estrangularlo, y seguramente lo habría hecho de haber sabido que no hacía ni tres horas se había emocionado identificándose con Elvino, el personaje incapaz de soportar el sufrimiento que causa a su amada.

Al día siguiente, Júlia fue a esperar a Marcel a la plaza. Y al siguiente también, y los días sucesivos.

*BRUNO 2.doc.* Casi estaba en Estambul cuando decidí que iría a ver a mi padre, que por entonces aún no era mi padre sino un extraño que reclamaba mi presencia. Me esforzaba por evocar los aromas del estrecho: el olor a ceniza de las sardinas a la brasa en los muelles, el deje empalagoso del combustible arrastrado por la brisa del atardecer. Casi podía escuchar el ferry dejando atrás las calles empinadas y la torre de Gálata, el zumbido del motor confundándose con el lamento de las plegarias en las mezquitas, el aire en el pelo. Me entraron ganas de volver a comer *baklavas*: Google aún no proporciona servicios de este tipo, ni es capaz de recrear la dulzura pegajosa de la miel o el regusto de la mantequilla fundida empapando las láminas de pasta, casi translúcidas de tan delicadas, rellenas de almendra o de pistachos tiernos. Cuando abrí los ojos había empezado a anochecer y la ciudad latía de luz. Unos niños se llevaban cañas y cebos mientras el ferry se deslizaba rozando el puente, golpeado por las olas. Alentados por los graznidos de las gaviotas, los minaretes herían el cielo anaranjado como bayonetas.

Casi estaba en Estambul cuando decidí que iríamos a ver a mi padre, Camille y yo. No tenía con quién dejarla, pero no iba a ser un viaje muy largo: se trataba de coger un avión, pasar por el hospital para tranquilizar algunas conciencias y volver a París en el primer vuelo con la excusa de la niña. Lo que no esperaba era encontrarme a Núria en el aeropuerto con una sillita en el coche y un sobre cerrado que sólo yo tenía permiso para abrir. Te pido por favor, había dicho con prudencia, que lo leas antes de la visita: papá ha insistido muchas veces. Insistió, rectificó al instante; hace un par de días que ya casi no habla. Me habría gustado decirle que ninguno de los dos tenía derecho a exigirme nada, pero sus palabras habían sonado más a ruego que a imposición y contuve las mías justo a tiempo. No te crees enemigos por accidente, recordé. Siempre estarás a tiempo de demostrar quién eres, por qué has venido, qué haces aquí.

Lo cierto es que no quería leer nada. Aquel hombre no tenía nada que decirme, o quizá era yo quien no tenía nada que escuchar. Me daba miedo descubrir que era merecedor del apelativo que le negábamos desde hacía años

mi madre, la *mémé* y yo. Si había ido a Barcelona era por la insistencia de mi madre, que siempre había tenido buen ojo para las decisiones (sobre todo para las de los demás), pero aquello no me hacía ser mejor persona y, menos aún, tener una disposición muy distinta de la que Núria se había encontrado en su primera llamada. Tanta amabilidad me daba rabia. Estaba a punto de mentir, de justificarme diciendo que tenía que volver al trabajo lo antes posible, cuando me anunció que ya no llegábamos a la visita del mediodía. No nos dejan volver a entrar hasta las ocho menos cuarto; confío en que tendrás tiempo suficiente para leerlo antes de verle.

El viaje se me hizo largo; los silencios, incómodos. A juzgar por el modo en que Núria se empeñaba en combatirlos, estaba pasándolo peor que yo. Cuando decliné la invitación de quedarnos en su piso me pareció ver el desencanto en sus ojos, como si hasta entonces hubiese confiado en un as en la manga que acabaría por unirnos. Nos dejó en la puerta del hotel (un sitio pequeño, sencillo, a cuatro pasos del hospital) y en pocos minutos estuvimos instaladas. Camille no se despertó cuando la pasé de la sillita a la cama, ni mientras arrastraba la butaca hasta el ventanal para poder leer con la luz de la tarde. Más adelante, cuando tuve la necesidad de saberlo todo, me dijeron que lo primero que había hecho mi padre tras recibir la noticia había sido encerrarse a escribir.

Pasadas las seis, cuando Camille se despertó de una siesta eterna, yo aún estaba leyendo. Le cambié el pañal y me apresuré a darle la merienda antes de que el tiempo se nos echase encima.

Si al volver a casa escuchaba ruido en la planta de arriba —Júlia podía encerrarse en el estudio a trabajar, pero la presencia de Naïma hacía imposible que pudiese pasar inadvertida—, Marcel se hacía el sordo y no aparecía hasta que era inevitable. Cuando bajaban a cenar las saludaba como si acabara de llegar y dejaba que Júlia se encargara de Naïma mientras corregía prácticas que no corrían prisa. A la hora de acostarla buscaba algún pretexto para irse él también a la cama y se regalaba un buen rato para pensar en Bruna antes de intentar conciliar el sueño. Lo único que diferenciaba sus fabulaciones de las de sus alumnos era el hecho de que, más allá de explayarse como ellos en el campo de las fantasías sexuales, dedicaba bastante rato a repasar mentalmente cada insinuación, cada mirada. Se sentía protagonista de una historia como las que leía de niño, en que la acción tomaba diferentes rumbos según la elección del lector, y jugaba a inventarse diálogos condicionados por todo tipo de respuestas y a perfilar la excusa que pondría para comunicarse con ella durante el fin de semana, que era cuando la distancia se le hacía más difícil de soportar. Una noche, antes de confesarle abiertamente lo que sentía, soñó con ello. Desde que era adolescente no se había visto en una situación como aquella, debatiéndose entre lo que realmente habían compartido —nada todavía— y lo que le parecía que ya habían vivido juntos. No podía quitarse de la cabeza la sensación de que todo aquello lo situaba por encima de los demás hombres, como si con ella gozase de una intimidad antigua o la conociese desde siempre, y aquél fuese un secreto al que sólo él tenía acceso. Estuvo preocupado durante la semana que necesitó para bajar de nuevo a la tierra: por un lado, temeroso de que ella se diese cuenta de lo que sentía; por el otro, deseoso de que aquello le sirviera para poder confesárselo de una vez por todas. Si hubiese podido hablar con alguien le habría jurado que el latido desbocado del primer amor sonaba como el tictac de un reloj comparado con el solo de batería que llevaba dentro.

Llegó un momento en que la confesión se le hizo tan necesaria que ya no le importaba el posible rechazo, pues ni siquiera entraba en sus planes, y fijó aquella misma tarde como fecha límite. Prácticamente ni comió. Por la noche,

al volver a casa, tuvo que reprimir las ganas de silbar que lo dominaban desde que se habían dicho adiós llegando a la plaza Rovira: la escalera entera, con Júlia en lo más alto, le habría oído ponerse en evidencia. A la hora de cenar guardó el teléfono para evitar que las ganas de mirarlo demasiado lo llegasen a delatar. Anunció que no le había sentado bien la comida y se metió en la cama sin beso de buenas noches, no fuese a estar, declaró, incubando alguna cosa.

No fue una etapa demasiado larga, pero si Marcel se hubiese visto obligado a soportarse un solo día más, se habría vuelto loco. Era consciente de que ofrecía al mundo versiones contrapuestas de un mismo personaje: el Marcel extramuros —exultante, pletórico, vital— y un Marcel privado, con los nervios de punta, dispuesto a saltar ante la posibilidad de cualquier tipo de contacto, físico o emocional, con su mujer.

No habría sabido precisar el porqué de aquella tirria que le había cogido a Júlia. La perspectiva de continuar alimentando la relación afectiva le provocaba rechazo, y esquivaba sus ojos sin saber si lo hacía por animadversión o por pura incapacidad para sostenerle la mirada. Cuando ella se le acercaba con intención de abrazarlo lo encontraba con Naïma en brazos o liado en asuntos urgentes que no admitían dilación. Más que sentirse con pocas ganas de acercarse a ella, lo que el cuerpo le pedía era evitarla, como si el simple contacto de una mano sobre el hombro fuese a dejar la marca de haber sucumbido a una intimidad que casi daba asco.

Por las noches habría preferido comer cualquier cosa, solo, antes que tener que pagar el peaje de compartir con Júlia los platos que cocinaba para tenerlo contento; no le servía de nada llenar los silencios con la masticación obsesiva de un trozo de pan untado en el fricandó, o de una ventresca tiernísima, si ella los usaba como excusa —¿del todo ajena a su incomodidad?, ¿era posible?— para alimentar las esperanzas de reanudar un diálogo interrumpido. Cuando Júlia hacía una broma para distender el ambiente, a él le parecía un comentario irritante y sin gracia, una nueva evidencia de que su mujer no lo conocía ni lo había conocido nunca, y se preguntaba cómo había podido ser tan tonto para repetirse con convicción, durante tanto tiempo, que a su lado tenía la vida que él quería. Estaba harto de oírla hablar de contratiempos domésticos y de recibir su compasión —que ella le habría negado si hubiese sabido de dónde le venían las nostalgias— cuando se sentía abatido por no tener noticias de Bruna y frustrado por tener que guardárselo para sí mismo.

Lo más probable es que el Marcel intramuros se hubiese avergonzado de su comportamiento ante un tribunal presidido por Bruna —ella no llegó a

juzgarlo nunca; al menos de puertas afuera—, pero si le costaba tanto dedicarle una sonrisa a su mujer era porque había detalles en ella que lo sulfuraban: aquella manera que tenía de sentarse con la espalda tan recta, que casaba a la perfección con el tono que empleaba para dar consejos, o que fuese capaz de salir con el pelo aplastado por las mañanas, si no se había duchado, ignorando que tenía la marca de la almohada en la cabeza. Ella sentía que estaba vendida y no sabía cómo reaccionar. Si Marcel la sorprendía llorosa, se enfadaba y la acusaba «de habernos traído hasta aquí»; si intentaba demostrarle a su marido —aún sin pruebas concluyentes— que le bastaba con la intuición para estar al corriente de la historia que lo tenía enganchado, él se hacía el ofendido y se ponía a la defensiva; si intentaba ser dulce, él la rehuía como si fuese portadora de una enfermedad contagiosa. Lo último que Marcel deseaba era encontrarse con aquella mirada de animal herido mendigando atención como si todo fuese tan fácil, como si para ignorar la lástima que sentía por ella, con aquella actitud suya de languidez permanente, hubiese bastado con que ella suplicase su afecto en nombre de lo que habían compartido en el pasado.

Había días en que a Júlia le habría bastado si Marcel hubiese sonreído como probablemente hacía cuando estaba con Bruna. La cara que su marido mostraba al mundo —Naïma incluida— era ejemplar; incluso había adoptado una actitud que, sin ser sincera, lo convertía en un yerno atento y afectuoso con sus suegros, cuando coincidían. Júlia se encontraba a menudo con un Marcel eufórico, pero prefería no decir nada para ahorrarse la bronca: cualquier comentario con tufillo a reproche era desactivado instantáneamente con otro reproche aún más bestia, y de poco habría servido enzarzarse en una discusión estéril cuando no había mucho de qué hablar.

No había conocido nunca a un Marcel tan vital. Al volver de correr lo encontraba más enérgico que al irse, y a menudo le oía cantar en la habitación de Naïma cuando creía que ella estaba en el estudio intentando trabajar. Incluso le había visto bailar, pero había preferido ahorrarse los comentarios para poder seguir espíándolo cuando hiciese falta. Cada vez que se veía sorprendido en una muestra de alegría demasiado evidente, la cortaba en seco para ahorrarse sus intentos de transformarla en una conversación agradable. Ella lo notaba distanciarse sin saber qué hacer para evitarlo, y había visto cómo el menosprecio de él crecía en proporción directa a su tiento a la hora de tratarlo. Conocía la situación porque la había vivido al revés, años atrás, con hombres de los que no estaba enamorada, y sabía perfectamente que no existen remedios mágicos para resolver el problema. A veces, un pequeño matiz —un comentario pretencioso, una opinión en las antípodas de lo que había que pensar según el libro de estilo por el que ella se regía— había desequilibrado la balanza y malogrado la situación de manera irreversible: empezaban a aflorar detalles que hasta entonces habían pasado desapercibidos y contra los que ya nada se podía hacer. Unas veces era una sonrisa pegada a la nariz que no conseguía dejar al descubierto unos dientes demasiado pequeños, unas orejas de soplillo o un humor aún más soplado todavía; otras, tenía que ver con una pedantería autocomplaciente o con la capacidad de vestir de blanco de la cabeza a los pies sin tener conciencia del ridículo. Todos constituían, tarde o temprano, motivos de peso para poner fin a una

relación todavía incipiente, porque situaban al candidato bajo una luz que lo deformaba hasta hacerlo odioso y, en ocasiones, repugnante. No recordaba haber sentido aquella angustia en una relación consolidada, probablemente porque la única manera de consolidarse era sobreviviendo a la selección natural que gobierna este tipo de procesos.

Ya hacía algún tiempo que había empezado a preguntarse por los pequeños detalles odiosos que provocaban la tirria de Marcel. Sabía que ciertas manías —como la costumbre de tildarlo todo de *estupendo* que había adoptado hacía unos meses, convencida de que aquel comodín sólo podía teñir su discurso de energía positiva— le parecían filosofías baratas de autoayuda y lo sacaban de quicio, y procuraba contenerse con él, yendo con pies de plomo para no dar un paso en falso. Todo esto habría sido hasta cierto punto sorteable de no ser por la evidencia de un engaño que no sabía demostrar pero que se iba haciendo más patente con cada nuevo descubrimiento, y que no se atrevía a poner sobre la mesa por miedo a que se le volviese en contra.

Sentía que perdía terreno frente a una desconocida y sabía que no había tiempo que malgastar, pero a veces se encontraba actuando a tientas. Cuando bajó a la peluquería fue más por instinto que porque tuviese muy claro lo que quería conseguir. Quedó contenta con el corte; tenía el pelo más fino que el de Bruna y le faltaba algo de volumen, pero el color era perfecto, y las ondas y el flequillo le devolvían el aire adolescente que había perdido en los últimos meses. Si lo hacemos, hagámoslo bien, y había comprado una barra de labios de un rojo intenso, como la que llevaba Bruna aquella tarde, pues nunca había usado pintalabios. Naïma la miraba descolocada, pero ella no se daba cuenta, buscándose continuamente en el espejo del comedor. Contenta por la novedad, no hizo otra cosa aquella tarde que esperar la llegada de Marcel con impaciencia.

Pero ¿qué te creías?, le había dicho Laura cuando la llamó por la noche, encerrada en el estudio, para hablar entre sollozos de rabia y de vergüenza. No había servido de nada que Laura le repitiese que la lástima es lo que más te aleja de un hombre; el daño ya estaba hecho y lo peor, añadía Júlia, es que ya no tenía narices de volver a mirar a Marcel a los ojos. Había sido un error darle a entender que estaba dispuesta a todo, incluso a insensateces como aquélla, con tal de ser la mujer que él necesitaba. La atención que pretendía conseguir la recibió en forma de desprecio, concentrada en un vistazo de reproche que contenía todo un mundo.

El diálogo había sido más breve de lo esperado. Marcel había preguntado, como era de esperar. Y ante su respuesta —necesitaba un cambio, hace tiempo que me siento lejos de la vida que había imaginado—, la de él —¿te parece que un flequillo nuevo tiene el poder de cambiar algo?— la había dejado muda.

Con el engaño de mi padre, mi madre tenía la misma sensación que experimentaba cuando quería ahorrarse escenas angustiosas en la oscuridad de una sala de cine: el cerebro, insumiso, alimentado por los gritos que después le causarían pesadillas, hacía el trabajo con mayor eficacia que si hubiese estado atenta a la pantalla. Minaba el pensamiento con verdades afiladas, como el que siembra una playa de cristales rotos, esperando al bañista confiado para abrirle el pie como una fruta madura.

Sé que durante meses mi madre quiso creer que todo aquello se desvanecería como la naftalina entre la ropa de invierno, dejando atrás el rastro de alcanfor de los recuerdos asumibles. Los días pasaban a duras penas, y por las noches, mientras daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, se debatía entre levantarse a leer, incapaz de dormir por el calor que desprendía el cuerpo inerte de mi padre, y atreverse a despertarlo para preguntarle lo que la reconcomía por dentro. A veces se ponía a llorar, sin ánimos para otra cosa. Cuando la rabia pesaba más que la tristeza se dedicaba a trazar planes para atrapar a mi padre con evidencias, y dedicaba las peores horas del insomnio, cuando ya había abandonado toda esperanza de dormirse antes de que el reloj reventara la mañana como la cerradura de una puerta, a pensar en la forma de sabotear el siguiente encuentro entre mi padre y Bruna, como si aquél fuese el remedio para poner fin a todos sus temores.

La última vez fue el día de las llaves. Con la excusa de que sus padres estaban fuera, hizo volver a Marcel de camino al estadio, donde supuestamente había quedado con Lluís para ver el derbi, diciendo que se había dejado las llaves en el piso. Él se dio cuenta de que le había tomado el pelo cuando se encontró a sus suegros subiendo la calle de casa. No pensarás irte otra vez, le espetó Júlia cuando hizo el amago de volver por donde había venido, se está acabando la primera parte y llegarás a los postres. Manda cojones, pensó, que ahora la señora se interese por el fútbol, pero no tuvo tiempo de contestar porque ella añadió, antes de que él pudiese abrir la boca, que Lluís había tenido que quedarse en casa porque Jan estaba con fiebre y Carne no podía sola con los tres niños. Se lo había inventado, pero la estrategia sirvió para que él tardase en reaccionar un segundo más de lo debido, y con eso hubo suficiente para condenarlo.

En cuanto metió a la niña en la cama inició la conversación que habría preferido no tener nunca. Lo más inteligente, se había dicho todo el rato, era ahorrarse los reproches, evitar las peleas y mostrarse agradecida: la tentativa de encuentro con la amante había quedado desactivada y con aquello debería haber tenido suficiente. Se había propuesto evitar que Marcel la asociase con situaciones desagradables, pero en cuanto él reivindicó la posibilidad de escaparse unas horas sin que el mundo se desmoronase, no pudo contenerse y soltó una retahíla de recriminaciones donde salió de todo. Ante la insinuación de su marido de haber planificado la historia de las llaves, se indignó, lo acusó de ser él quien la engañaba y le pidió que le enseñara el móvil. Ni siquiera tengo su número, dijo extrañamente calmado; míralo si así vas a quedarte más tranquila. Ella se lo arrebató de las manos y rebuscó sin hallar rastro de Bruna. Ya lo has visto; ¿me lo devuelves ahora? Un momento, contestó Júlia, y lo dejó plantado en el comedor. Cuando apareció de nuevo, con el móvil en una mano y un trozo de papel en la otra, temblaba de los pies a la cabeza. Marcó el número de Bruna y la pantalla del teléfono se iluminó con el nombre de Jaime Curro.

Era cuestión de tiempo que acabase llegando aquel momento, y Marcel lo sabía. Hasta entonces se había despertado algunas veces con el llanto de Júlia, y hasta se había acostumbrado a esperarlo cuando se metían en la cama, pero se hacía el dormido con tanta habilidad que a base de respiraciones volvía a conciliar el sueño por simple aburrimiento. Con la historia del móvil, sin embargo, no había nada que hacer. La primera reacción, al verse arrinconado, fue insinuar que Júlia sufría algún trastorno, y era precisamente porque estaba obsesionada por lo que había tenido que grabarse el teléfono de Bruna con un nombre que no era. La estrategia hizo aguas en cuanto ella empezó a presionar con la amenaza de llamar a la amante, y enseguida aceptó contestar al cuestionario completo con toda la sinceridad de que fue capaz. Sólo omitió algunos detalles *para no herirla* y para reducir, de hecho, la contundencia de una respuesta que no se atrevía ni a imaginar.

Enseguida se dio cuenta de que, cuando Júlia decía que quería saber la verdad, lo que realmente quería era que la verdad se esfumara. Había pensado tanto en aquella situación que se sentía preparada para todo, pero a medida que fue descubriendo el cómo, el cuándo y el porqué se dio cuenta de que el problema de reconocer el engaño era que no dejaba espacio para dar marcha atrás. Los dos, por diversos motivos y cada cual a su manera, hubieran deseado que la confesión naciera de él, que no hubiese dejado pasar tanto tiempo como para que las palabras no dichas llegaran a la categoría de secreto, que hubiese evitado que el secreto se convirtiera en mentira por tanta negación sin sentido. Júlia, por primera vez, se sorprendió deseando haber vivido sin saber nada. La verdad, descubrió, no alivia la situación ni la hace más digerible, sólo la evidencia y te obliga a mirarla a la cara; se instala en el sofá como un pariente incómodo y te fuerza a reescribir todas las rutinas.

Fingir que no pasaba nada la habría llevado a vivir una impostura, a convertirse en la especie de idiota que se echa a la espalda el fruto de la insensatez de otro, pero lo peor era que para hacerlo había que amar más, mucho más; tanto, se decía, que diera igual dejarse engatusar de nuevo por el cabrón que, después de echarlo todo a perder, aún se atreve a decirte que te

quiere. La nueva situación la dejaba en falso y quemaba las naves para seguir avanzando con su marido sin preguntarse a cada paso por el sentido de tanto esfuerzo. Parecía como si él no supiese ver que negar una parte de las acusaciones confirmaba implícitamente el resto de mentiras, y a ella se le hacía tan difícil que sólo quería olvidarlo tan pronto como fuera posible. Marcel vivía en un mundo paralelo, sin darse cuenta de nada, y cuando su mujer anunció que quería dejarlo ni siquiera se preocupó por entender los motivos: aquella petición sólo podía ser fruto de una alienación mental o, en el peor de los casos, de un chantaje en toda regla. Era imposible, pensaba, que se le hubiese pasado por alto que un divorcio haría saltar por los aires el proceso de adopción que los mantenía unidos.

Quiero a la niña para mí, había sentenciado con los ojos llorosos flotando sobre el parquet, como si en el lugar en que se había instalado mentalmente no le sirvieran para nada. Pero ¿qué dices, Júlia? Tenemos a Magda encima todo el día; una cagada y nos quitan a la niña, ¿no te das cuenta? Y una puta mierda nos quitan —ella hablaba en voz baja pero escupiendo las palabras, y fue subiendo el volumen hasta convertirlo en un grito que le nubló los ojos de rabia—, ¿a quién nos la quitan, a ti y a mí? ¿A quién pretendes engañar? A ti lo único que te preocupa es el coño de esa guarra, Naïma te la suda y te la ha sudado siempre. Cálmate, Júlia, por favor; sabes que si esto llega a oídos de Mag... ¿Por qué me vienes ahora con Magda si no te ha importado nunca lo más mínimo? A la mierda ella, a la mierda tú, a la mierda todo; no pienso quedarme aquí mientras entras y sales haciendo tu puta vida, no quiero volver a verte, me importa un huevo que hagas lo que se te antoje. Lo único que quiero es que desaparezcas y nos dejes tranquilas a Naïma y a mí de una reputísima vez, ¿lo entiendes? ¿Que quieres follarte a esa tía? Pues folla, hombre, tú folla, pero luego no vengas por aquí como si no hubiese pasado nada; si quieres una criada, te la pagas. Cálmate, Júlia, esto se puede arreglar, la he cagado del todo, pero te quiero; lo he hecho fatal, tienes razón, pero no ha sido nada, no hay nada, tema zanjado. Y una mierda, Marcel, estás poniendo excusas que ni tú mismo te crees. Haré lo que haga falta para demostrártelo, sólo te quiero a ti, que estés bien, que estéis bien las dos; vayámonos unos días por ahí, lo haremos como tú digas, ya verás. Dime al menos que no te la has follado, pidió ella mirándolo a los ojos, como si la verdad dependiese del valor de su marido para aguantarle la mirada.

Él podría haberse callado. Habría sido la opción menos comprometida si no fuese porque había empezado a aprender que los silencios salen caros a la larga, tal vez porque no aceptan matices y dejan la interpretación en manos de quien los recibe. El instante que perdió escogiendo una respuesta podría haber sido revelador para Júlia, la aceptación tácita de tanta acusación no rebatida, pero la voz de Marcel le sonó tan serena, el *no* tan contundente, que habría sido idiota no aferrarse al futuro que le brindaba la mentira.

No sé si contarle todo sirve para construir una relación más sólida, pero esconder cosas (y más cuando son, en apariencia, irrelevantes) siempre me ha parecido una forma de engaño, sobre todo para quien lo practica: una suerte de autojustificación cuanto menos sospechosa. Tal vez responda a la comodidad de ahorrarse explicaciones que el otro no tiene (o parece que no tenga) derecho a pedir, o se vea favorecido por un modelo de relación basado en equívocos y acuerdos tácitos; en todo caso, me resulta difícil aceptar que sea necesario ocultar algo cuando uno defiende, precisamente, que no tiene nada que esconder. En realidad, la cosa no iría más allá si no fuera porque el daño que se pretende evitar parece una broma comparado con las consecuencias que acarrea el engaño: el descubrimiento genera recelos y activa las alarmas, y el engañado no puede dejar de preguntarse por el sentido de una omisión que, justamente por el interés del otro en demostrar lo contrario, deja de merecer el calificativo de banal.

Sé por mi madre que, cuando el engaño sacudió la bola de nieve del paisaje idílico en que habitaban y la polvareda empezó a precipitarse, todas las conversaciones entre mi padre y ella acabaron girando alrededor de la mentira. Incluso después de haberle perdonado (o de pretender que lo había hecho, pues no se puede perdonar sin comprender los motivos del otro, y eso mi madre sin duda lo tenía claro) volvían a surgir las mismas cuestiones con una frecuencia masoquista. Mi padre defendía que él no había ocultado nada; mi madre, que lo que uno elige no decir se convierte en un secreto, y que los secretos sobre uno mismo acaban por pudrirse, tarde o temprano, en forma de mentiras.

Entiendo a mi padre cuando escribe que insistir, una vez hecho el daño, sólo servía para ahondar en la herida. Mi madre (esto lo sé por ella) no podía resistirse al deseo de preguntar, saber más cosas, coleccionar detalles que le permitiesen atar cabos y exclamar que lo había sabido todo desde el principio, como si fuese incapaz de ver que todo aquello era cosa del pasado y que el recuerdo de un sentimiento es un facsímil que la memoria reescribe e idealiza.

Todo acabó aflorando en aquella época, absolutamente todo. Mi madre no volvió a poner los pies en la Barceloneta, como si el recuerdo de la infancia de Bruna hubiese contaminado sus calles con una lluvia radiactiva. En casa se terminó la costumbre de despertarme con Chuck Berry, y el cuento de Sendak que mi padre me leía desapareció sin ninguna explicación. Nada que yo pueda recordar, claro está: fue mi madre quien, al encontrar *Donde viven los monstruos* en la habitación de Camille, tuvo un extraño *déjà vu* y acabó confesándolo todo. La necesidad de hacer desaparecer cualquier cosa que pudiera recordarle a Bruna no tenía que ver tanto con la voluntad estéril de borrarla de los pensamientos de mi padre (en el fondo sabía que no había nada que hacer), sino con la necesidad de destruir cualquier prueba que pudiese recordarle que aquello seguía vivo, que el engaño aún se producía, y a diario, ante sus propios ojos.

No hace mucho, de hecho, que he logrado entenderla al oírle decir que, en aquella época, a menudo se había sentido incapaz de cuidarme. A mí también me ha pasado cuando con Éric se han torcido las cosas. Aún hoy me ocurre de vez en cuando, pero me consuelo al pensar que en circunstancias más cómodas no habría podido entender todo lo que pasó mi madre. De un día para el otro, sin ni siquiera saber cómo has llegado hasta ahí, te descubres recorriendo maquinalmente el pasillo; desanimada, exhausta. En realidad, no debería afectarte; te repites una y otra vez que tienes la vida que quieres y una hija para llenar de sentido el espacio vacío que te separa del mundo, pero en el fondo sabes que no basta porque eso no lo es todo, ser madre no puede serlo todo, si acaso un trampolín para ser feliz, pero nunca todo. Eres, antes que nada, una mujer que intenta avanzar persiguiendo objetivos incluso demasiado modestos, una mujer que necesita ser feliz para poder hacer feliz, pero que no siempre lo consigue.

Hay momentos en que ocuparse de la niña se convierte en una tarea mecánica. Un cansancio como de haber pasado la tarde llorando te recorre el cuerpo y te deja hecha polvo, y cuesta hacer la cena y poner los platos en el fregadero, y en la encimera se acumulan las migas, la tapa de un yogur, el bol con restos de papilla que con un poco de suerte dejarás en la pila antes de irte a dormir, pero que no meterás en el lavavajillas porque ya habrá tiempo mañana para hacerlo. Las tareas diarias ensucian los dedos de una tristeza infinita, y le das la cena a Camille deseando que no se alargue, y acortas el cuento hasta que ya ni es cuento. Incluso te olvidas de comer.

Cada cual busca salvarse a su manera. Yo paso horas viajando desde un cuarto iluminado por la luz de una pantalla. Mi madre escribía, y me consta

que hubo una época en que esos pequeños desastres domésticos como la cama deshecha o los platos apilados en el fregadero le resultaban tolerables si podía sacar tiempo para entregarse a la urgencia que la reconcomía por dentro. La única manera de explicarse lo que vivía era envolviéndolo con palabras, destilando la angustia que la desbordaba para transformarla en versos que la hiciesen digerible. No creía en los psicólogos y sigue sin creer en ellos: mi terapia con Bruno le parecería (y no lo diría nunca, en su eterna discreción) tan inútil como el reiki o las flores de Bach. No pierdo el tiempo contándole mis sesiones con el psicólogo; sé que lamentaría interiormente que yo no haya oído *la llamada* (la única que para ella merece el artículo determinado que la singulariza) que a ella la ha salvado siempre: la necesidad inaplazable de llegar a casa y ponerse a escribir.

## DOS

Habito el cuerpo de quien fui algún día,  
viviendo la vida de otra persona.  
Hundida en el fangal de la nostalgia  
con la ropa tan pesada y tan húmeda  
que no permite más que respirar.  
He buscado la voz, la carcajada,  
mas en vano. Están demasiado hondo.

Sé que mi madre no dejó de ocuparse de mí en ningún momento; no necesito pruebas de ello. Y al mismo tiempo no me cabe la menor duda de que experimentó, como yo misma, la necesidad de evadirse del mundo durante un rato, de ser ella sola sin descendencia, sin nadie, alejada de todo. Cuando tienes un hijo, me dijo el día en que anuncié en casa mi intención de adoptar, pasas a ser un personaje secundario de tu propia vida.

No será para tanto, pensé yo: no será para tanto.

El proceso de reconquista fue lento. Sin habérselo propuesto, Júlia se encontró con un poder que no esperaba y la posibilidad de usarlo según le conviniera. En vez de dejarse querer por Marcel, que en un primer momento creyó que bastaría con tratarla a cuerpo de reina para que todo fuera como antes, o por lo menos lo pareciera, llevó la negociación con mano de hierro para imponer sus reglas. Que se lo curre, decía siempre que hablaba con Laura del tema. No estaba dispuesta a creer en la sinceridad de aquel Marcel solícito, al menos no a cambio de nada, y mientras esperaba que las aguas volvieran a su cauce concentró sus esfuerzos en aislarlo de Bruna, como si lo hubiese destinado a una casa tapiada pendiente de ser demolida. Él lo aceptó todo: dejar el móvil siempre a la vista, darle las claves de acceso a su mundo, regresar el curso siguiente al instituto de Sabadell donde tenía la plaza.

Marcel hizo lo que pudo a lo largo de aquel último trimestre. Se vio obligado a limitar las comunicaciones con Bruna al horario escolar, a conformarse con algún encuentro en el pasillo y la guardia compartida de los martes, cuando hacían lo imposible para verse en el laboratorio, aunque sólo fueran diez minutos. Su mujer aparecía a la hora del desayuno para invitarlo a un cortado y marcar territorio, y volvía a esperarlo al final de la jornada con una sonrisa tensa, como si temiese que Bruna pudiera aparecer en cualquier momento y devolverla a la realidad que la asfixiaba.

Cuando estaba en casa, Marcel procuraba mostrarse afectuoso con Júlia, asegurarse de que ella se diera cuenta de que la escuchaba y le hacía caso. Se esforzaba por no dejar rastro de su actividad: los platos en el lavavajillas y no en el fregadero; la ropa, colgada o en el cubo; la toalla de la ducha, tendida; ni un pelo en la bañera, faltaría más. De vez en cuando hacía un extra y ponía lavadoras o recogía la cocina mientras su mujer le contaba a Naïma el cuento de antes de irse a dormir. Como compañero de piso era modélico; reconocía que le fallaban las ganas de estar contento, pero aun así le parecía que Júlia no podía tener motivos de queja, siempre que no fuera puntillosa en materia de sexo. Era cierto que no podía recordar la última vez que se habían acostado, pero también lo era que nunca se habían buscado mucho; tal vez al principio,

mientras sentaban las bases de lo que iba a ser su relación, pero enseguida había adaptado su ritmo al de Júlia y había aceptado que aquélla debía de ser la frecuencia habitual de las parejas estables que ya saben dónde encontrarse.

Desde el principio había quedado establecido que él era el responsable de iniciar las aproximaciones y ella quien tenía la última palabra según el cansancio, el trabajo acumulado y lo que tuviese planificado hacer en aquel momento del día. A veces se mostraba accesible y otras lo despachaba con unos cuantos besos y un abrazo justo antes de iniciar, como quien no quiere la cosa, una conversación sobre algún tema prosaico que lo devolvía de golpe y porrazo a la tierra. Marcel nunca había sabido si se trataba de un hecho deliberado o de algún tipo de respuesta inconsciente. En cualquier caso, Júlia no había sido nunca muy sexual y, en el fondo, él agradecía haber aprendido los códigos que lo orientaban sobre el mejor momento para abordarla. Cuando estaba receptiva, el sexo con ella era bastante bueno: alrededor de un siete, o siete y medio, según la implicación y el día, porque a veces la notaba como en otro lado; pero podría haber subido a un ocho —o incluso más, se decía a veces— si él hubiese tenido huevos de mostrarse ante ella tal como era, sin miedo a hacer el ridículo pidiéndole tal o cual cosa. Desde la aparición de Bruna, la cuestión había adquirido una nueva perspectiva y, si se le permitía utilizar el ejemplo de esa atracción de feria en que uno se pone a prueba descargando un martillo, la energía del impacto había sido tan bestia que juntos habían hecho sonar la campana y reventado todas las escalas de medida. Había un antes y un después de Bruna que le había servido para entender hasta qué punto podían llegar a ser rutinarias las sesiones con Júlia, con aquel sexo mecánico que lo dejaba insatisfecho por mucho que lo acabara llevando al orgasmo. Las ganas de pasar tiempo con ella habían desaparecido y prefería concentrarse en lo que de adolescente llamaba, bromeando con los amigos, *autogestión*: la ventaja de conocer los propios tempos superaba con creces la proximidad física de cualquier piel que no fuese la de Bruna. Para Júlia, que nunca le había confesado a Marcel cómo le hubiera gustado que supiera ponerla a mil como otros amantes del pasado —dime cosas, le pedía, ponme cachonda, pero nada—, aquel repertorio de ejercicios gimnásticos era más bien un seis, un cinco y medio. Las primeras veces que se habían acostado había acabado fingiendo, confiando en que con el tiempo se irían conociendo mejor y llegaría un momento en que ya no haría falta, pero a la hora de la verdad la cosa no había sido tan sencilla. A menudo terminaban en un callejón sin salida en el que Marcel habría podido pasarse horas insistiendo sin que ella llegara a ningún sitio. Le sabía mal ver a su marido esforzándose

para nada, y al cabo de un rato simulaba un orgasmo de trescientos en la escala de Richter con toda la parafernalia, espasmos incluidos, que lo dejaba tranquilo y satisfecho, y ella aprovechaba para acabar sola, de prisa y corriendo, mientras él pasaba por el lavabo antes de volver a la cama. Era aquel seis, o cinco y medio, lo que había librado a Marcel del sexo durante la época de crisis que vivían; por lo menos al principio.

El principio de las vacaciones marcó el final de una etapa. Los últimos días habían sido frenéticos y las dificultades para coincidir con Bruna lo habían complicado todo; el final de curso los cogió con el paso cambiado y se tuvieron que despedir discretamente en público. No volvieron a verse; habían creado cuentas de correo alternativas y al principio se escribieron: mensajes breves y cargados de tristeza que no encajaban con aquellos primeros días luminosos de julio. En cuanto Bruna se fue con su familia a Marruecos, donde tenían alquilada una casa en un pueblo encalado de la costa, los correos empezaron a llegar más espaciados, según los caprichos de las comunicaciones y la geografía.

En Barcelona, Marcel se esforzaba por estar de un humor aceptable con Júlia, pero la añoranza dificultaba encontrar motivos para el entusiasmo, y las tardes que pasaba en el parque con Naïma, con el móvil en arresto domiciliario, se le hacían eternas. Tanto tiempo para pensar se le volvía en contra, y a cada instante lo asediaba la idea de que, habiendo renunciado a Bruna para hacer feliz a su hija, se sentía tan vacío que no sabría cómo lograrlo por mucho que se volcase en ello. Lo que más lo torturaba era pensar que aquello no llevaba a ninguna parte: el mundo estaba lleno de parejas que se divorciaban a diario; bastaba con salir a correr una tarde de domingo para darse cuenta de que la ciudad estaba repleta de padres con hijos que nunca les serían arrebatados.

Lo peor del verano, sin embargo, fue la estancia en Francia. Por primera vez Marcel no había tenido ni voz ni voto ante la invitación de Marie-Chantal y Pere, que vivían entre Barcelona y Nantes y que todos los veranos les insistían para que fueran a pasar unos días con ellos a la finca con jardín que tenían a las afueras. Encontrar un rato para escribir las cartas que lo tenían atrapado era misión imposible: Marie-Chantal se paseaba arriba y abajo todo el tiempo y Marcel ya no podía contar con la ducha de Júlia para transcribir los mensajes épicos que redactaba de memoria a lo largo del día. Los escribía aunque no recibiese respuesta, como si una parte de lo que hacía no tuviera ya que ver con Bruna sino consigo mismo, con la necesidad de llenar el vacío

por donde se le escapaban las ganas de vivir, como quien se hace un torniquete para restañar la hemorragia y detener el sangrado de una herida. Dependía de aquellos textos de un modo casi físico, y se descubría acusando la imposibilidad de escribirlos bajo una especie de síndrome de abstinencia, pues había aprendido que sólo con la escritura era capaz de poner en orden sus ideas, y el presente se le hacía intolerable si no podía organizar lo que le hervía en la cabeza.

Lo peor era cuando llegaba la noche. La estrategia de pensar en Bruna para conciliar el sueño duraba poco, porque en cuanto empezaba a adormilarse se encontraba enmarañado en la red de pesca de un sueño intranquilo. Ella aparecía en todos sus sueños y en todos terminaba por olvidarlo de un modo u otro: en ocasiones no lo reconocía desde el primer minuto, en otras se dedicaba a alabar al memo de su marido o a un amante ignoto más fuerte, más misterioso y seguramente mejor dotado que él. Si durante el día se la imaginaba quedándose colgada de algún compañero de veraneo, por las noches se despertaba en medio de un sueño febril donde la veía llenarse del amante en un catálogo de posturas imposibles. Obsesionado con su espalda húmeda, era incapaz de recuperar el sueño si no se encerraba a oscuras para masturbarse con urgencia sentado en la taza del váter, con el pijama por los tobillos y la palma mojada de un lametazo. Empezaba moviendo lentamente la mano, recordando que le había hincado en el coño una erección igual de bestia mientras ella, a cuatro patas, desfallecía con cada gemido, el sexo ensalivado a punto de reventar, inflamado por los cachetes que la habían encendido cuando le acariciaba el clítoris. Recordaba cómo le faltaban dedos para pellizcarle los pezones mientras ella arqueaba la espalda para ofrecerle el culo y suplicarle que más fuerte y él no daba abasto para manosearla y azotarle las piernas y llenarle el cuello de mordiscos que la hacían deleitarse y mojarse y buscarse el coño con la mano abierta mientras él se la follaba. Se aceleraba recordando aquellas embestidas y volvía a sentir el peso de sus pechos cuando se aferraba por detrás para entrarle bien adentro, justo antes de vaciarse en un delirio que había aprendido a hacer coincidir con el orgasmo mudo en el baño de la casa de sus suegros. Entonces se quedaba un minuto quieto, con la mano envolviendo el miembro como si aún estuviese dentro de ella, pensándola, y probaba el salpicón para no olvidar nunca el sabor que tenía Bruna la primera tarde en que se habían acostado. Y deseaba no tener que encender la luz para limpiar el desparrame con un papel minúsculo que le permitiese ahorrarse la cadena, pues el ruido habría despertado a Naïma y lo habría traicionado cuando Júlia, al pasar por el baño

antes de volver a la cama, hubiese percibido el rastro, como de esperma, que olía al sexo de Bruna y de ninguna otra.

No fue por magnanimidad por lo que mi madre perdonó a mi padre, sino por debilidad. Se sentía incapaz de pagar el peaje de volver a empezar desde cero, a solas conmigo, y tardó bastante tiempo en entender que aquello no podía funcionar de ninguna de las maneras. Pretender determinar ahora si lo que sentía era amor o dependencia sería hacer trampas y no conduciría a ninguna parte. Lo que tuvo muy claro desde el principio, en cualquier caso, fue que sin mi padre todo se le habría puesto cuesta arriba, y que ante aquella certidumbre no podía hacer otra cosa que exculparlo, simular que olvidaba el engaño y esforzarse en empezar de nuevo con él, sabiéndose, por lo menos, acompañada. No contaba, por supuesto, con que su presencia se limitaría a eso: a una presencia sin implicación y, menos aún, compromiso. Sé que mi padre intentó ser el marido que ella quería, al menos en aquellos primeros tiempos, hasta que se dio cuenta de que el chantaje lo ataba *sine die* a lo que él mismo describe como una vida en blanco y negro. Sé por ella que, con el tiempo, se volvió un compañero de piso impenetrable, más parecido a un desconocido que al hombre a quien había amado durante tantos años.

La debilidad inicial obligó a mi madre a hacerse fuerte para resistirse a lo que había querido evitar desde el principio. Pagar a plazos la ruptura, intentando forzar la unidad de la pareja a cualquier precio, salía mucho más caro que asumirla al contado. Tuvo que acostumbrarse a la garra que le estrujaba el estómago cuando algún imprevisto reventaba las compuertas y liberaba el raudal sin digerir que sentía a flor de piel, a convivir con la desconfianza, el regusto del engaño y la certeza de que amaba más de lo que era amada. Con el tiempo acabó aceptando que no recibiría nada del hombre al que quería retener, más allá del castigo de la indiferencia y una frialdad ártica.

A pesar de todo se esforzaba, pues no quería ser acusada de rencorosa, por aparentar serenidad cada vez que se veía reviviendo la revelación del engaño. Lo peor era atormentarse pensando que con su actitud daba alas a mi padre para reincidir cuando quisiera, como si el perdón llevara incluida, de regalo, la tranquilidad de saber que la mentira no tendría consecuencias. Le daba

miedo imaginarse que el precio de la sacudida, visto en perspectiva, pudiera parecerle a él ridículo y aceptable: unos cuantos días de mal rollo asumibles para un adúltero con suficientes alicientes para embarcarse en una nueva aventura.

Durante los primeros tiempos mi madre insistió de forma enfermiza en querer conocer las condiciones del engaño, con la obsesión de que sólo así conseguirían hacer *tabula rasa* y volver a empezar sin reproches. Me parece que lo que buscaba era toparse con alguna pista que le permitiera despreciar la magnitud del terremoto, atrapar a mi padre en alguna incoherencia que sirviera para negar a Bruna ante ella y no a la inversa. Necesitaba entender qué era lo que mi padre había visto en aquella otra, pero, sobre todo, descubrir algún detalle al que aferrarse llegado el momento de las dudas, lo que fuera que la ayudara a creer que aquella historia había sido intrascendente y flor de un día.

Los detalles la atraían como a un niño fascinado por la escena que le provocará pesadillas. Se imaginaba a mi padre traicionándola, exponiéndole sus miserias a una intrusa, indefensa como un cadáver en la mesa del forense. Se torturaba imaginando que aquella mujer se había paseado por su piso como una dueña recién llegada, con los detalles de una vida destripada como una granada ante sus ojos, preguntando por una foto o curioseando sus papeles mientras él preparaba café tras una ducha compartida. Llegó un momento en que lo de menos era saber si el cuerpo de mi padre había pertenecido también a aquella otra, resultaba más necesario saber si también la cama, la cama donde dormían ellos dos y, ocasionalmente, yo misma, había sido profanada con otro deseo y el sudor de otra piel. Cuando mi madre decía que quería hacer *tabula rasa* ensuciaba aún más lo que sentía, pues lo manchaba todo con una rabia sorda que contaminaba cada gesto, cada palabra.

Sus condiciones, lo reconoce sin ambages cuando la animas a hablar de ello, fueron draconianas. Suficiente tenía, dice, intentando aguantar el tipo cada vez que él llegaba tarde o consultaba el teléfono, aunque estuviera sentado a su lado. La venganza le parecía justa, y aquellos días la justicia era la única arma que tenía para luchar contra el naufragio. Como si los naufragios se combatieran con armas, en lugar de bregando para salir a respirar a la superficie.

En septiembre Marcel ya había perdido el reflejo de buscar el móvil y había asumido que dejarlo en casa le ahorra problemas. La relación con Bruna se había alejado de la inmediatez de los mensajes de WhatsApp, y desde que se limitaba al correo electrónico todo era más fácil. Estaba decidido a cumplir la promesa de no volver a verla, por un lado porque no podía arriesgarse a perder a Naïma y, por el otro, porque tenía la certeza de que lo estaban siguiendo para desenmascararlo al primer paso en falso que diera. Júlia se habría pegado un hartón de reír si hubiera sabido que en la imaginación de su marido aquella historia de polis y cacos estaba orquestada —y financiada— por Marie-Chantal. Precisamente porque conocía demasiado bien a su madre se había cuidado de no decirle nada, y, si en aquella época le hubiesen preguntado, habría declarado que los trapos sucios se los lavaba ella solita y que su madre no tendría nunca, en todo aquello, ni voz ni voto.

Para Marcel, lo peor era tener que guardárselo todo para sí mismo. Él y Júlia habían pasado de ser pareja a compañeros de piso y padres de una criatura, sin vínculos afectivos que los atasen en exceso: si acaso, un montón de horas compartidas y el conocimiento intensivo de las manías del otro. A menudo se preguntaba cuánto tiempo iba a necesitar, lejos de Bruna, para volver a ilusionarse con la vida como antes, pero era incapaz de ver la luz al final del túnel y empezaba a creer que acabaría a oscuras. Era absurdo que pudiesen quitarles a Naïma porque su relación se fuera a pique, y le daba pánico encontrarse en manos de una gente que creía conocerlos en su papel de padres simplemente por haberles hecho cuatro visitas y un puñado de preguntas trampa. Con el tiempo había aprendido a ver la situación como un sacrificio necesario, una manera de demostrarse —y de demostrar a Júlia— hasta qué punto quería a Naïma. Aun así, a pesar de conocer perfectamente la teoría, enseguida se hundía en los momentos difíciles, pensando que pasarían años antes de que la adopción se consolidara y su familia fuese una familia normal, de las que se mantienen unidas sólo cuando sus miembros se quieren.

Los días laborables eran más llevaderos: el estrés diario lo mantenía ocupado, y desde que trabajaba en Sabadell tenía la sensación de ir todo el día

con un cohete en el culo. Encontrar un hueco entre clases para leer los correos de Bruna y escribir los suyos lo aliviaba un poco. Al principio ella se había mostrado fría, con pocas ganas de alimentar por escrito lo que necesitaba vivir presencialmente, y cada dos por tres le proponía maneras de encontrarse que él descartaba por miedo a que los pillasen. Ella estaba descolocada, de un día para el otro lo veía poco interesado, y aquello del detective le parecía tan absurdo que sólo podía ser una excusa. El mismo sistema de correo que se había revelado poco útil para mantener la llama demostraba ser una herramienta realmente práctica en el terreno de las discusiones, y tras varios mensajes de mal rollo —centrados más en la frustración por no poder verse que en los motivos reales que impedían que se vieran—, no se dijeron nada durante casi ocho días, hasta que se cansaron de buscar excusas para volver a escribirse y nunca más dejaron de hacerlo.

Lo más difícil eran los fines de semana. Por lo general, les faltaba tiempo para abrir el correo, y Marcel no estaba dispuesto a jugársela consultando una dirección que lo habría condenado si Júlia lo hubiese pescado *in fraganti*. Por las mañanas, al despertarse, era feliz —si por feliz entendemos libre de preocupaciones y, sobre todo, de añoranza— durante uno o dos segundos, el tiempo que tardaba en situarse en aquel follón del que no sabía salir y que, de hecho, era su vida.

A veces me pregunto, sólo para hacerme daño, qué tipo de persona habría sido si hubiese tenido a mi padre cerca desde el principio. Haber conocido a Núria, lo reconozco, no me ayudó demasiado. Los primeros días sentía envidia de lo que ella había tenido y, de rebote, indignación con mi madre por haber elegido en mi lugar. Entonces la miraba intentando poner distancia, como si fuese la madre de otro, para censurarla sin hacerme daño ni sentirme culpable. Aquellos días sólo era capaz de ver su egoísmo, como si el pecado fuese tan grande como para cargarse todo lo que había hecho por mí y que ella sí, a diferencia de mi padre, había estado a tiempo de regalarme. Tardé una temporada en aceptar ponerme en su lugar y ofrecerle el apoyo que reservamos a los amigos cuando los escuchamos sin juzgarlos; yo misma había decidido adoptar sola, convencida de que no podía contar con Éric, antes de exponerme a una decepción que me habría forzado a distanciarme de él. No podía obligarlo a querer a un bebé que no necesitaba, ni comprometer el futuro de Camille obcecándome en señalarlo a él, con toda su imprevisibilidad, como compañero de viaje. Un hijo no puede estar pendiente de querer a alguien que se quiere antes a sí mismo y se ampara en sus propias carencias para disculpar ausencias injustificables. Reconozco que la frase podría haberla firmado mi madre, por mucho que haya sido yo quien la ha puesto en el papel.

Es probable que yo misma me hubiera lanzado al cuello de mi compañero para destrozarlo en una situación parecida. El instinto tiene más de animal que de maternal, y pensar que alguien con quien has compartido ocho años pueda dejar de quererte sin ninguna explicación puede volverte loca, y más aún cuando tienes hijos a tu cargo. Terminar con una relación no puede ser como llegar un día al trabajo y que te citen en Personal, donde un guardia te espera para acompañarte a la mesa en la que has ido dejando (con profesionalidad y eficiencia, según las evaluaciones que archivas anualmente en la carpeta) lo mejor que llevabas dentro; no puede reducirse a convertir todos esos años en una caja con un cepillo de dientes y un tubo estrujado, una identificación que

hay que entregar a la salida y cuatro recuerdos que han dejado de serlo porque, de los momentos que evocan, ya nadie, excepto tú, se acuerda.

A pesar de todo, tuve la tentación de alejarme de mi madre para hacerle pagar su error. No me convenía intentar entender sus razones, sino las mías, y quería evitar caer en la debilidad de lamentar una pérdida, la suya, que me parecía haber prescrito muchos años atrás. Cuanto más miraba a Camille, más difícil se me hacía mantener aquella postura, y mi frialdad no se alargó más de tres días. Ante alguien capaz de instrumentalizar a una hija para hacer daño, servirme del afecto como moneda de cambio me parecía igual de censurable. A fuerza de darle vueltas me fui convenciendo de que no era a mi madre a quien rechazaba, sino la manera en que había actuado veinte años atrás, y que habría sido injusto renegar de ella basándome sólo en eso, como si fuera lo único que importaba.

Aprendí a integrar aquel rencor como lo había hecho con el olor del hospital, y al final sólo sentía que me incomodaba, con la llamada intempestiva de los asuntos pendientes, cuando entraba en territorio médico para intentar recuperar tantos años perdidos sin mi padre.

Las atribuciones del compañero de piso perfecto no incluían el sexo, pero las del marido readmitido sí, y era cuestión de tiempo que llegase el día. Marcel no había hecho ningún intento desde la aventura con Bruna, y Júlia tenía claro que el paso hacia la normalización, si había que darlo, estaba en sus manos. En el fondo reconocía que lo había ido dejando, en parte porque no quería imaginarse que Marcel pudiera llegar a rechazarla y al mismo tiempo porque el rechazo, lo sabía de sobra, supondría cerrar la puerta a cualquier intento que pudiera plantearse en el futuro.

Habiendo descartado los días laborables por temor a que el cansancio pudiera servir de excusa, escogió un sábado, después de una cena en casa, en que Naïma se quedaba a dormir con Marie-Chantal. Habían pasado una velada agradable con Pau, un amigo común de la época sabadellense que quería presentarles a su nueva novia. La cena había sido distendida, con un Marcel sonriente y bromista, y durante un buen rato se había sentido trasladada a la tranquilidad de una época en que se veía segura para abordar noches como aquélla, con final presumiblemente feliz.

Una vez en la cama le faltó la determinación y lo buscó más tímidamente de lo que habría querido, a oscuras, como si temiera leerle el rechazo en la cara o le diese vergüenza que él pudiera encontrar en la suya, después de tanto tiempo, una sombra de deseo. Marcel correspondió a sus besos con corrección diplomática y ella lo sintió tan distante, tan desapasionado, que le habría gustado ser capaz de interpretar todo aquello como una señal: como cuando, antes de conocerse, un fracaso estrepitoso en la cama le servía de excusa para descartar a un aspirante que no la acababa de convencer. Entonces la asaltó la idea de que aquella oscuridad podía volverse en su contra y que si Marcel, sintiéndose atrapado, decidía sustituir su cuerpo por el de Bruna, ella no lo sabría nunca ni podría hacer nada. Se veía sirviendo de medio para un encuentro entre su marido y la puta que lo excitaba, y se ponía enferma sólo de pensarlo. Fue una sorpresa ver que la cosa no tomaba aquel derrotero, pues enseguida se dio cuenta de que Marcel no reaccionaba a sus intentos, más bien todo lo contrario: después de unas cuantas caricias poco

comprometedoras sin que cambiase nada, aprovechó un momento en que ella hizo una pausa para desearle buenas noches con un beso fugaz y separarse delicadamente, poquito a poco, como quien deja en la cuna a un bebé esperando que no llore. Allí a su lado, de cara a Júlia, se quedó dormido enseguida, y ella maldijo la hora cuando se dio cuenta de que ya era tarde para llamar a Laura y contárselo todo: la decepción, el alivio, el enojo, la vergüenza.

Al día siguiente, cuando Marcel se despertó, ella ya estaba en la cocina terminando de desayunar sola. Si se hubiese dejado llevar por sus sentimientos se habría hecho la ofendida, se habría mostrado fría hasta que él le hubiese preguntado qué le pasaba y entonces, con la excusa de no haber entendido la extraña despedida de la noche anterior, habría acabado pidiendo explicaciones y cruzando los dedos para recibir de Marcel la justificación que quería oír. Tal vez fue por miedo, o por lucidez, por lo que se detuvo en el último instante. Si iba a seguir apostando por una relación ruinosa no podía permitirse el lujo de volver a pedir la verdad, no fuese a ocurrir que su marido estuviese dispuesto a dársela.

A veces las torturas más simples son las más crueles. Dice mi padre que todos los días se topaba con la misma trampa, y no puedo evitar que se me escape una sonrisa. Me gustaría que estuviese aquí para decirle que le entiendo. Suena el despertador, todo va bien hasta que la conciencia empieza a despertarse, sientes el peso de la añoranza como una manta mojada y la realidad se agolpa para atenazarte el estómago como si saltases al vacío; así todos los días. Le entiendo perfectamente cuando confiesa que no era capaz de encontrar los ánimos para ocuparse de mí. Mi madre no podía entender su apatía, escribe, porque nunca se habría podido imaginar que estar sin Bruna convertía sus días en tardes de domingo.

Dormían el uno al lado del otro tras compartir tardes enteras de reproches. Pasaban meses sin tocarse, y cuando lo hacían eran como dos desconocidos invadiendo el espacio privado del otro. Una noche él se atrevió a proponer que cada cual hiciese su vida bajo un mismo techo. Evidentemente, estaba dispuesto a mantener la unidad hasta que la adopción fuese firme, pero no tenía sentido continuar simulando cuando aquello no los llevaba a ninguna parte.

Mi madre no quiso ni oír hablar del tema. Todavía se lamenta a menudo de que las personas prefieran tirar lo que se rompe en vez de arreglarlo. Anunció que ya había sufrido suficiente y se encerró en su caparazón sin dar más explicaciones. Mi padre, o lo que quedaba de él, no tuvo más remedio que seguir fingiendo. Con el tiempo se fue convirtiendo en un figurante, y se limitaba a cumplir, con mayor o menor fortuna, cuando Magda aparecía por casa, de visita.

Para acabar de conocer a mi padre necesitaré Dios y ayuda y unas cuantas conversaciones que preferiría ahorrarme. A veces parece que esté haciendo entrevistas para un documental. He releído ya demasiadas veces su texto buscando un rastro de comunicación en la sintaxis, en las pausas, en los silencios. Cuando escribe que si en ciertos momentos sobrevivió fue porque sabía cómo suicidarse si la cosa se complicaba, entiendo la paciencia de Bruna, de Núria e incluso de mi madre cuando aún estaban juntos; cuando leo que quien no se consuela es porque no quiere, detecto un humor tan cercano que me entran ganas de olvidar que no soy su hija biológica.

He sabido por Bruna que hasta el último instante intentó convencerlas de que recibiría un hígado a tiempo, y por Núria que la *mémé* fue la responsable, durante los primeros años, de filtrar la comunicación (llamadas, cartas) que me enviaba mi padre. Cuando mi madre me llevó a vivir a Nantes yo aún era pequeña, y si es verdad que lo que ocurrió fue fruto de los consejos de la *mémé*, entiendo que debía de estar indignada con su yerno. Hoy la *mémé* ya es muy mayor y, aunque su carácter no ha mejorado, es como si la mujer fuerte de otros tiempos se hubiese ido a vivir a otra parte. En su lugar hay una abuela frágil, con cuerpo de niña encorvada, algún pelo largo en el mentón y una pelusa en la cabeza que parece el penacho de un pollo saliendo del huevo. No puedo pedirle explicaciones porque ya hace años que vive en otro lugar, como si se le hubiesen caído al suelo los estantes de la memoria. Diría que se instaló allí para evadir la muerte de Félix, el compañero que tuvo tras la muerte del abuelo y que supo comprenderla. Le diría muchas cosas a la *mémé* de hace veinte años, pero a la actual se la ve tan débil como a esos dictadores a los que nadie llega a procesar hasta que han agotado una vida regalada. Lo primero que recuerdo cuando pienso en ella es la mueca permanente de dolor de pies, como si todo le molestara. Me da la impresión de que no consiguió ser feliz, ni siquiera cuando logró que el mundo bailase al son que ella tocaba.

Todo había sucedido deprisa y como si hubiese estado sincronizado. No hacía ni tres semanas que había pasado a ser, oficialmente, Naïma Turull Garcia, hija oficial de mi padre y de mi madre. Mi madre temía que cualquier

día él anunciaría que se iba; tal vez no hubiera encontrado aún un piso o quería hacer las cosas a su manera, pero era cuestión de tiempo que diera un paso al frente. Entonces las cosas se precipitaron. El accidente de Bruna fue el detonante; llevaba a su hijo pequeño detrás y, aunque todo quedó en un susto, el niño tuvo que pasar la noche en observación. Por primera vez rompió el pacto y llamó a mi padre, cuando llevaban años sin hablar. Él le mandó un mensaje lacónico a mi madre y no pasó por casa hasta el día siguiente, con el tiempo justo para cambiarse de ropa y salir hacia el instituto sin llegar tarde al trabajo. No volvió a casa hasta la noche. Mi madre se mostró distante, dolida por haber hecho el ridículo intentando salvar la relación (aunque a fogonazos, como ella misma admite) mientras mi padre se había pasado todo aquel tiempo engañándola. Cuando le pidió explicaciones, él respondió con la verdad: que él y Bruna se habían seguido escribiendo pero que no se habían vuelto a ver, y que si aquello le preocupaba no volvería a ocurrir mientras siguiesen viviendo juntos. Entonces anunció que aquel mismo viernes dejaría el piso, y ella recuerda que, cuando el viernes mi padre se fue, no tuvo las ganas de llorar que había imaginado que tendría; sí se sintió extraña, dice, como si al piso le faltasen ruidos o pasos para llenarlo, y estuvo semanas con la tele encendida, de fondo, con la esperanza de que llenase el vacío. Al pasar por el comedor se encontraba a confiteros que decoraban pasteles imposibles, contratistas dispuestos a derribar paredes ajenas y mujeres que cifraban la felicidad de su existencia en el vestido que debía llevarlas al altar (sí, quiero; sí, quiero) donde las estaría esperando el amigo, amante, compañero: aquel que, indefectiblemente, las hacía reír.

Al principio se organizaron razonablemente bien, si comparamos la situación inicial con lo que estaba por llegar. Mi madre se dio cuenta de que la paternidad era la única forma de presión que tenía sobre mi padre, y no se le ocurrió otra cosa que hacerle pagar todo el dolor controlando con mano de hierro las horas que nos permitía pasar juntos; como si considerara a los hijos un bien de propiedad privada, utilizándolos sin contemplaciones como moneda de cambio, fuese legítimo en situaciones de sufrimiento extremo. Mi padre se esforzó por evitar el enfrentamiento, pues tras varios años viviendo el proceso de adopción había aprendido que lo mejor era no alzar la voz, lavar los trapos sucios en casa y organizarse sin armar jaleo. Cualquier comentario que hubiera insinuado que estaba siendo injusta, recuerda, sólo habría servido para encolerizarla más. Resultaba inviable hacerle entender el error que cometía confundiendo la maternidad con la pareja, y mi padre se tuvo que resignar a aceptar las migajas del pastel y a asumir que aquello era todo lo que podía reclamar.

Se fue a vivir a casa de Bruna, con ella y sus hijos, poco después de dejar el piso. Hacía un par de años que Bruna se había separado de su marido, con quien compartía una custodia fácil y sin estridencias. Los niños, a quienes no recuerdo de aquella época y he tenido que (re)conocer no hace mucho, dividían su tiempo entre los dos, y se quedaban con Bruna cuando él viajaba al extranjero, por trabajo, como había ocurrido la tarde en que habían acabado en el hospital. Tiempo después encontraron un piso más cerca de la escuela y a la vez lo suficientemente lejos de mi madre como para no incomodarla. En aquel espacio que no recuerdo fui viviendo a ratos hasta que mi madre se encontró a Bruna una tarde de abril.

Con los años, determinadas verdades que nunca hubieses aceptado bajo tortura pasan a integrar el catálogo de historias que ya puedes oírte contar. Basta con haber tenido tiempo de digerirlas, de repetírtelas suficientes veces para que se hayan desbravado y ya no te parezcan sorprendentes, ni inaceptables, ni extrañas. Me costó entender a mi madre cuando me explicó que hubo un tiempo en que salía a pasear por los alrededores del instituto en

que Bruna y mi padre se habían conocido. Supongo que quería observarla, dijo, fijando la mirada en algún punto de la pared a mis espaldas, como si pudiese ver cosas que a mí se me escapaban. ¿A Bruna? Sí, dibujarla, aunque fuese de lejos, a partir de los detalles que tu padre me había negado; intentar entender qué era lo que la hacía irresistible. Descubrir si me equivocaba imaginándome a una mujer excepcional que quizá no existía; comprobar si tu padre había caído en la trampa de una persona normal y corriente, con las luces y las sombras de cualquier otra, alguien que acabaría condenándolo a una vida mediocre y ordinaria.

Pero no nos engañemos, mi madre no se encontró con Bruna: la estaba buscando. Y lo intentó tantas veces, aunque fuese desde la distancia, que el día que se topó con ella al doblar la esquina debería haber estado preparada para reaccionar. Por supuesto, una vez en casa, se le ocurrió todo lo que tendría que haberle dicho, lo que tendría que haberle preguntado para ahuyentar a los fantasmas y (esto lo añado yo) convocar, probablemente, a otros nuevos. No reaccionó como debería haberlo hecho, porque no esperaba encontrarse con aquella barriga que convirtió el resto en secundario. Había sido fugaz, pero lo había visto perfectamente: aquélla era una barriga en toda regla que fue incapaz de calcular (¿tres meses, cinco?) porque ella nunca había tenido una así.

Fue como si aquella visión despertara sensaciones que no sabía que existían, como si la tensión de aquel momento se tradujera en un reflejo palpable que la sacudía de pies a cabeza. Mi madre, que había imaginado tantas veces aquella escena, notó que la seguridad la abandonaba; no quedaba ni rastro del tercer grado ni del monólogo triunfador con el que había soñado, tan sólo un temblor que no podía controlar y el latido amplificado resonando por doquier, como si el espacio que ofrecían las costillas no fuese suficiente y el corazón hubiese tenido que colonizar también la cabeza y, desde allí, desde el cerebro, bombear la sangre hacia brazos y piernas a un volumen tan elevado que impedía oír nada más, ni tan siquiera la voz que clamaba desde dentro éste es el momento.

Lo más curioso es que Bruna ni siquiera se percató, ni la vio acercarse ni se fijó en la mujer que apretaba el paso en el último segundo, al cruzarse con ella, traicionando la fantasía que había estado alimentando todo aquel tiempo. Fue como si el esfuerzo acabara con la energía de mi madre, y al dejar atrás a Bruna no pudo seguir avanzando más que un pequeño trecho. Ni siquiera fue capaz de llegar hasta la siguiente esquina, porque las piernas iban por libre, recuerda, y no parecían estar dispuestas a aguantarla, y si intentaba

bloquearlas el temblor se le extendía por todo el cuerpo y le hacía estremecerse como si sufriera una helada de invierno en plena primavera. El teléfono, en sus manos, parecía un artefacto del futuro, y quería llamar a Cris, o a Laura, pero no lo conseguía. Tomó un taxi para deshacer aquel trayecto que había recorrido mil veces a pie, y cuando llegó a casa los brazos, y las piernas, le pesaban.

Una vez en el piso, sólo quería vengarse. Cuando una relación se acaba, se acaba, y al otro le basta con sacudir la pernera a la que te agarras y mirarte con lástima para que la dignidad que te queda te permita alzarte, recoger tus cosas y volver por donde has venido. Con un hijo de por medio ya no puede ignorar tu sufrimiento, y resulta muy fácil hacerle pagar la rabia y la ofensa. Mi madre se moría de ganas de llamar a mi padre y decirle que lo sabía todo, que no era una abuela a quien hay que ocultar las cosas para que no monte un drama, sino una mujer adulta y perfectamente capacitada para aceptar aquel embarazo; como si aquello pudiera salvarla del ridículo de haber quedado al margen, un figurante que ni siquiera llega a secundario en un guión del que ha sido protagonista. Su versión es que tuvo miedo de que mi padre dejara de quererme con la llegada de aquel hijo, y que fue el instinto de protección lo que la llevó a alejarme de él. No hacía mucho que el juez le había concedido a ella la custodia, y en Nantes no volvería a cruzarse con Bruna por la calle.

Es probable que cuando mi madre decidió llevarme a Nantes no fuera para alejarme de mi padre, sino para alejarse ella. Las represalias, el castigo, vinieron más adelante, alimentados por la *mémé* y madurados en largas tardes de domingo intentando encariñarse de un piso que aún resonaba tras haberlo llenado de libros. Demasiado tiempo, estoy convencida, para pensar que la adopción que los dos habían defendido se había convertido en una guerra solitaria, que el hijo que no había podido darle a mi padre él lo tendría, finalmente, con otra.

Creo que es por respeto por lo que mi madre ha omitido siempre esta parte de la historia: no puedes explicarle a un hijo al que no has parido que te habría gustado sentirlo dentro porque corres el peligro de que no te entienda, de que piense que desprecias el lazo que os une en favor de un vínculo que supones más íntimo. A veces me pregunto si es posible que nueve meses de unión física tengan suficiente poder como para cambiar algo. ¿No es cierto que una vez cortado el cordón el nexo se transforma en recuerdo y se queda atrás? ¿Tiene sentido que el nuevo lazo que llega para sustituirlo, el vínculo igualmente físico de la piel, sea tan fuerte como para convertir el pasado en anecdótico? No puedo imaginarme queriendo a Camille más de lo que lo hago, ni pensar que una madre pueda querer a un hijo con más intensidad que un padre por el mero hecho de haberlo llevado dentro. Me resisto a pensar que hay madres de segunda, que las madres adoptivas, que a menudo hemos sufrido y luchado más que las que han concebido y parido sin problemas, seamos víctimas de un agujero negro que limita nuestra capacidad de querer porque se ha tragado unos meses que no son, no pueden ser, insustituibles. Y, a pesar de todo, la inseguridad aflora cuando en lugar de explorarme como madre me examino como hija y me doy cuenta de que lo que más miedo me da es imaginar que yo misma hubiese podido sentir a un hijo creciendo en mis entrañas, alimentándose de mí y de cada latido mío, para acabar entendiendo que sí, que ese período es esencial, que su ausencia marca una limitación física para el amor que no me quiero ni plantear porque necesito creer que mi

madre (y también mi padre, ahora que ya es tarde) me ha querido siempre como si no conociese límites.

Mi madre era seguidora de Sophie Calle mucho antes de trabajar con ella, y cuando la conoció no pudo resistir la tentación de confesarle que durante un año había convertido *Douleur exquisite* en su mantra. Un año, ni más ni menos, fue el tiempo que se dio para el duelo: al terminar, envolvió su sufrimiento con delicadeza y lo metió en un sencillo ataúd, dispuesta a olvidarlo en la intemperie de la tierra húmeda y las lluvias necesarias, sin flores para el recuerdo ni marcas que indicasen el lugar exacto de su dolor. No habría vuelto si yo no hubiera insistido con todas mis dudas. Cuando llegamos, me di cuenta de que no lo habría hecho por nadie más; lo abrió ante mí con la ceremonia de un ritual antiguo y nos asomamos las dos, en silencio. Yo, lo reconozco, con una mezcla de desconcierto y vértigo. Ella, con la piedad de quien se ve obligada a contemplar una tumba abierta para consignar los estragos que el tiempo ha hecho en lo que un día amó.

La vida y la obra de Sophie siempre han sido, y continúan siendo, inseparables. Recién empezaba una relación con un amigo de su padre al que admiraba cuando ganó una beca para ir a Japón que acabó aceptando de mala gana. Durante los meses que duró el proyecto no hizo otra cosa que contar los días: pensaba en el encuentro en Nueva Delhi, donde habían quedado en verse en cuanto terminase la estancia. El día anterior habló con él: nada hacía presagiar que en el hotel le esperaría un mensaje anunciándole el accidente que lo había retenido en tierra firme. La sucesión de los hechos tiene algo de desconcertante, casi ridículo. Sophie se puso a hacer llamadas convencida de lo peor; luego supo por su padre que la visita al hospital había sido tan sólo por un dedo. Cuando por fin pudo localizar al amante, después de horas de angustia telefónica, la realidad resultó aún más prosaica que aquella historia del dedo infectado. Había otra mujer, y el mundo de Sophie, un edificio condenado con los cimientos sembrados de dinamita, se desmoronó en silencio como las demoliciones en los noticiarios: casi a cámara lenta, entre toneladas de polvo y de tristeza.

Ante su incapacidad para pasar página, Sophie se dedicó durante algún tiempo a preguntar a amigos y conocidos por la situación más infeliz que

habían vivido nunca. El sufrimiento remitía al comparar su tristeza con la de los demás y al revivir su dolor hasta gustarlo, pero tenía tanto miedo de que la herida pudiera volver a abrirse que no se atrevió a tocarla hasta que se vio salvada. El resultado fue *Douleur exquise*, quince años más tarde. El libro que se publicó a raíz de aquella instalación es hoy día una pieza de coleccionista; supongo que mi madre es consciente del tesoro que tiene en el cuarto de invitados.

Encontré el libro la primera noche, buscando un texto en el que descansar la vista antes de irme a dormir, y lo cogí con la intención de releerlo, pensando en ahuyentar el fantasma de Éric. Mi madre había insistido en que pasáramos por Nantes al volver de Barcelona, y yo había aceptado porque me sentía exhausta y sin otros planes para el mes de julio. Sabía que tendría que aguantar a mi abuela, pero a cambio podría despreocuparme un poco de la niña y me sentaría bien el descanso. Mi madre envió a Clément al cuarto de planchar para hacerle sitio a su nieta: por las noches dormía con ella, en su cama, y a mí me tenía instalada en el cuarto de las visitas al otro lado de la sala, pared con pared con el de la *mémé*.

La primera parte del libro casi parece una crónica de viajes: tres meses de cuenta atrás documentados hasta el momento de la ruptura. La segunda es la cuenta hacia delante de los tres meses siguientes, que son los que Sophie utiliza para su ritual de exorcismo. En páginas impares, donaciones anónimas en forma de concentrados de sufrimiento y tristeza; en las pares, su propia historia, reescrita cuartilla a cuartilla con la erosión de los días. El texto evoluciona con el estado de Sophie; el recuerdo del clímax del dolor, que tras la ruptura destaca sobre el fondo, va difuminándose a medida que avanzan los días y las páginas. La historia es cada vez más corta, el detalle se olvida y se omite, las letras van perdiendo contraste hasta que cuesta distinguirlas y acaban diluidas en el color gris del papel. Al final, no queda nada por decir: el dolor ya no está, y de aquella situación no queda más que la instantánea de una habitación de hotel en la India, con un teléfono rojo sobre una cama sin deshacer y el recuerdo de un cuerpo en las arrugas de una sábana, como para dar fe de que la historia fue real.

*Douleur exquise* era bastante distinto de como lo recordaba. Las historias más tristes, los relatos más dolorosos, no hacían referencia a rupturas amorosas, como yo creía: el dolor más profundo era el causado por la distancia entre los vivos y los muertos. El libro estaba repleto de personas que no estaban, de espacios que no se habían llenado porque, sencillamente, no se podían llenar. Pensé en mi padre y en el vacío que me había dejado dentro.

Más grande, dolorosamente más grande, que el lugar que ocupó mientras vivía.

Supongo que debería decir que a mi padre ya lo conocía, pero aquella tarde en el hospital podrían haberme puesto frente a cualquier enfermo y haberme convencido de que era él. Bruna estaba dentro cuando Núria nos hizo pasar, pero enseguida nos dejó solos, como si cumpliera una última voluntad que conocía de memoria. Yo había rechazado su ofrecimiento y había entrado con Camille, no sé si para tenerla cerca cuando me quedase en blanco o para evitar que enseguida se acostumbrara a mi hermana. Núria parecía buena persona, pero desde que la había conocido encarnaba el motivo de la ausencia de mi padre. En mi cabeza seguía siendo la hija por la que había decidido quedarse en Barcelona, la causa de que me hubiese culpado durante tantos años por ser incapaz de conseguir que mi padre me quisiera. No era tía de Camille ni estaba dispuesta a permitir que mi hija estableciese ningún vínculo con ella. Los lazos que yo misma pudiera construir, si no quedaba más remedio, tenían que poder romperse si hacía falta.

Siempre he tenido la sensación de que las normas de los hospitales suelen ser fastidiosas en lo relativo a los niños, pero la enfermera que controlaba el pasillo, si nos vio, no dijo nada. Me pareció una mala señal, un indicio de que mi padre debía de estar peor de lo que yo creía. Aun así, al entrar en la habitación me sentía inmune a cualquier forma de dolor, como si ir al encuentro de un padre al que no identificaba como propio fuese una garantía contra la debilidad y el sentimentalismo.

Evidentemente, no lo reconocí. Estaba allí, inmóvil, con los ojos cerrados, como un *ecce homo* de barba blanca y el pelo aplastado por tantas horas de cama, y yo había olvidado preguntar antes lo más elemental. ¿Estaba al corriente de mi visita? ¿Le habían dicho que iría o tenía que presentarme yo? ¿Estaba durmiendo? ¿Descansando? ¿Me entendería cuando le hablase?

Soy yo, dije, callándome el *papá*. Sólo por el texto que me había hecho llegar a través de Núria se había ganado el apelativo, pero por vergüenza, o más bien por cobardía, decidí reservarlo para más adelante, para cuando hiciera falta, si es que era necesario. Hacía años que tenía otro padre; no es tan fácil. Él abrió los ojos y me miró como si estuviese intentando enhebrar

una aguja y lo hubiesen cogido desprevenido. Te he traído a Camille, dije, y me acerqué.

Él sonrió; creo que yo también. Se parece a ti, dijo con un hilo de voz.

No sabía que me arrepentiría tal como lo he hecho. Pensar demasiado en ello me paraliza; entro en un bucle del que me cuesta salir, y cuando lo consigo noto una sensación extraña, como cuando después de haber llorado te queda esa opresión en el pecho que te obliga a suspirar de vez en cuando, aunque no quieras. A veces pienso que quizá sí, que quizá Núria sea mejor que yo, que quizá se mereciera más que yo ser hija de mi padre. No puedo borrármela de la cabeza tratándolo como yo sólo sabría tratar a mi hija: peinándolo por las mañanas, haciéndole masajes en los pies para que se relajara, dándole la sopa al ritmo preciso. La recuerdo cortándole las uñas pocas horas antes del final. Luego mi padre me cogió la mano sin decir nada. Prácticamente ya ni hablaba.

Levantar el brazo para tocarme debía de suponerle un esfuerzo enorme. Siempre he sido una persona aprensiva: los olores, las personas que no conozco, la decrepitud, esa ropa áspera de cama de hospital. Alargó el brazo y yo no me atreví a apartarme ni a hacer nada. Notaba sus dedos en la palma de la mano y el pulgar apretándome sin energía, con esa fuerza que sólo tienen los condenados y que es más bien una leve presión, como una súplica para que no los abandones. Me quedé allí, plantada, incapaz de cerrar la mano sobre la suya, incapaz de mirarlo a los ojos, incapaz de hacer otra cosa que no fuera esbozar una sonrisa de disculpa.

Quiero pensar que por lo menos he aprendido algo. De momento no tengo por qué preocuparme; Camille me necesita y recurre a mí cuando está triste, o asustada, o feliz; yo aún soy su referencia, el espejo en que se busca cuando necesita encontrarse, y lo hace tan pocas veces que en ocasiones pienso que debería inventarlas para poder recordarlas cuando me haga falta. No soy ingenua, ya sé que lo que hay entre nosotras no durará eternamente, que tendré que esforzarme en proteger el vínculo que nos une y evitar que el tiempo se lo lleve por delante. Me asusta imaginar que el lazo pueda aflojarse, que la relación pueda enfriarse y volverse distante, que perdamos el cariño que no supe dar a mi padre y que entiendo perfectamente cuando pienso en ella y la imagino lejos, y ya no me necesita.

Es muy probable que hiciera el ridículo. Todo el mundo dice que los franceses (yo ya no sé ni de dónde soy, pero tanto tiempo viviendo en Francia sin sentirme extranjera querrá decir algo) tenemos un acento lamentable cuando hablamos inglés. Me perseguía la sensación de que necesitaba actuar, demostrarme a mí misma que podía ser útil a ojos de mi padre, pero sobre todo de Núria y de Bruna, como si necesitara rivalizar con sus atenciones para ser mejor persona. De los hijos de Bruna sólo coincidí con uno (el mayor vive en algún país asiático, donde tiene mujer e hijos), que aparecía cuando podía y hacía visitas exprés dejando el coche en doble fila; si no conseguía hacerle sombra a Núria, al menos tenía que conseguir superarlo a él. Quizá por eso me ofrecí a hacer una de las pocas cosas de las que me sentía capaz, pero cuando mi padre señaló el cajón de la mesilla descubrí que la lectura ya estaba elegida. Un rápido vistazo a la dedicatoria me permitió descubrir que *The Martian Chronicles* era un regalo de Bruna, de hacía ya veintiséis años. Se veía que el libro tenía trote y había frases subrayadas. La lectura dejó a Camille embelesada, sorprendida de que aquel chorro ininteligible de palabras saliese de la boca de su madre. Mientras yo leía, mi padre cerraba los ojos. De vez en cuando lo miraba y no parecía sufrir.

No volví a saber del amor de mi padre por los libros hasta que empecé a hacer preguntas, cuando él ya no estaba, intentando llenar lagunas que eran como agujeros por donde se cuele el agua. Bruna me ha contado todo lo que ha hecho falta, a menudo a deshoras, cuando la he llamado para plantearle dudas que necesitaba resolver si quería seguir avanzando. Antes de llegar a Barcelona estaba convencida de que no conseguiría entenderme con ella. No hay nada peor que la prevención, pues desde el primer minuto (y no cambió nada cuando mi padre nos dejó) me trató como si mi estancia allí fuera prioritaria y yo tuviese permiso para hacer y deshacer a mi antojo. Tiene algo que, a pesar de la edad, la hace atractiva sin ser una belleza: la combinación de una nariz recta, seria, con una sonrisa imperfecta que no es capaz de borrar de su cara, o quizá el bamboleo de un culo generoso y unas caderas anchas, mezclado con una risa contagiosa que acapara la atención y la hace destacar

allí por donde pasa. Cuando habla te mira fijamente, con la sonrisa a flor de labios y un tono como de confianza que te hace sentir único, depositario de una intimidad que harías lo que fuera por no perder. Incluso Camille cayó rendida a sus encantos, a ese no sé qué maternal que la ganó desde el instante en que la cogió en brazos por primera vez.

De Bruna me gusta que me entienda, que acepte la necesidad que tengo de escarbar en lo que me perdí, de imaginarme a la persona que podría haber sido si hubiese tenido a mi padre cerca. Siento que la *mémé* y sus consejos (a mi madre procuro exculparla cada vez más) me han quitado la parte de mí que podría haber sido, e intento reconstruirla esforzándome en aprender yo sola lo que intuyo que él hubiera querido transmitirme. Me gusta pensar que ha escogido a Bruna para legarme todo lo que no pudo darme. A menudo busco a mi padre en ella: tenemos varios yoes dentro y lo que somos depende, más de lo que parece, del compañero de viaje que nos hemos buscado; nos amoldamos a sus costumbres sin darnos cuenta de que dejamos atrás versiones de uno mismo que quizá otra pareja habría sabido despertar. Supongo que las relaciones que funcionan son las que consiguen sacarnos el mejor yo o, en todo caso, el que hace que nos sintamos más plenos. Quizá por eso creo que las parejas acaban pareciéndose después de años de convivencia y que Bruna ha sido para mí como un regalo.

Mi padre era un lector voraz, y he empezado a buscar su rastro en los libros que pasaron por sus manos. Bruna me explicó que, cuando era adolescente, se pasaba las tardes en la Catalonia, al salir de los escolapios, leyendo sin disimulo. Las primeras veces lo habían mandado para casa, pero había acabado por convencer a los responsables con su tenacidad y había terminado quedándose allí, primero en calidad de lector residente y más tarde, cuando ya estudiaba Física en la facultad, con un contrato de media jornada. Bruna, que es como una reencarnación de Helene Hanff, no debió de contribuir demasiado a mitigar la afición de mi padre. La semana pasada me mandó un paquete con libros que habían sido suyos. Dice que puedo quedármelos, y que si quiero puede dejarme muchos más.

He aprendido a leer como lo hacía él. Cuando encontraba algún fragmento que quería recordar doblaba la esquina de la página y luego lo marcaba. Nada del otro mundo, ya lo sé, pero lo que hacía su método particular era que no daba el libro por zanjado hasta que no hacía una segunda lectura, la de las frases y párrafos que había ido subrayando, uno tras otro: le ayudaba a ver el texto, dice, desde otra perspectiva. De vez en cuando, antes de hacer la cena, abro alguno de los libros por una página marcada y aprovecho para imaginar,

mientras rebozo la carne o escurro la pasta, qué debía de pensar mi padre al señalar un párrafo o una frase. A veces acabo atando cabos y entonces me siento feliz, como cuando encontré una cita enmarcada en la introducción a los diarios de Cheever: el escritor, decía su hijo, opinaba que una buena prosa puede curar la depresión y el dolor de cabeza; mi padre también lo creía. Lo mejor de París, dijo cuando le conté que hacía años que vivía allí, es que las librerías abren los domingos; estoy convencido de que son de mayor ayuda que el teléfono de la esperanza.

Según me contó Bruna, mi padre solía encerrarse a escribir y entonces no se lo podía molestar. A veces eran varias tardes seguidas; otras, de noche y hasta la madrugada, mientras todos dormían. Solía compartir sus textos con ella: eran poemas y algún relato breve de vez en cuando. Los poemas, sobre todo, me han parecido impactantes, magníficos; en vida no quiso ni oír hablar de publicarlos, pero le dio a Bruna total libertad para disponer de ellos cuando ya no estuviera. Muchos hablan de mí, y ella me los ha pasado para que sea yo quien decida. Cambio de opinión todos los días. Por un lado, me gustaría preservar este último vínculo de comunicación guardándomelo para mí sola, pero últimamente estoy pensando que publicarlos sería el primer paso hacia una reparación que se me antoja necesaria. Da igual el número de lectores que pueda tener (con la poesía ya se sabe); es más bien una declaración de principios, una forma de recordar que lo que hacemos, lo que somos, depende de lo que nos han dado y de lo que nos han quitado.

De mi padre sólo conozco la versión hospitalaria. Me esfuerzo por retener la imagen de las fotos (un padre no tan delgado, con buena planta, más joven), pero no hay nada que hacer contra el recuerdo del último día, que es el que llevo tatuado en el cerebro. Angélique, siempre tan mística, diría que es por culpa de algún tema mal resuelto, y esta vez seguramente se acercaría a la verdad. Demasiado a menudo me descubro reviviendo el último instante, como si aún estuviera a tiempo de dar marcha atrás y enderezar las cosas. Todo se me confunde en la cabeza: el mensaje de Éric, mi incapacidad para derramar una sola lágrima, la *Elegía* de Fauré avanzando entre los pésames como la hierba creciendo entre las piedras del tanatorio; aquellos ojos — aquellos ojos fijos— que me miraban y que no supe cerrar.

Hay muertos que son como obuses que explotan cuando ya no te lo esperas. Tras varios días de vigilancia intensiva trasladaron a mi padre a una habitación luminosa, con vistas a azoteas de julio y ropa tendida. Los pasillos olían a caldo ya desde primera hora de la mañana. Mi padre se moría y yo no me daba cuenta; no quería ver que el cambio sólo podía responder a la buena voluntad de la doctora o a la necesidad de asignar su cama a algún paciente con más opciones de sobrevivir. Quería creer que aquello era fruto de una mejora, que a veces los milagros existen y tu padre se recupera y, mira por dónde, podéis recobrar juntos el tiempo perdido.

Estábamos todos allí. No dábamos crédito, acostumbrados a las restricciones de horarios y visitas, y nos quedábamos sentados en silencio sin atrevernos a decir nada, mirando cómo descansaba, contestando ocasionalmente algún mensaje o, sencillamente, clavando la vista en el suelo. Mi padre se pasaba horas enteras con los ojos cerrados y a veces, cuando se quedaba dormido, daba la impresión de que sufría o tenía pesadillas, pero aun así procurábamos no hacer ruido por miedo a despertarlo, como si confiáramos en el poder curativo del descanso cuando los fármacos no bastan. Yo tenía que salir de vez en cuando con Camille para que se desahogase un poco, pero en el jardín el calor del verano era empalagoso y se cansaba enseguida. Nosotros también. Los hospitales agotan; te pasas el día sentado, sin hacer nada, y aun así no te apetece otra cosa que cerrar los ojos y dejarte llevar por el mismo sueño dulce del enfermo. A veces notaba que se me aflojaba el cuerpo y me sentía a punto de sucumbir al letargo. Fue en uno de esos momentos cuando se iluminó el teléfono y me desperté de golpe, como si el presente se me hubiese echado encima sin avisar. La pantalla mostró dos llamadas, las dos de Éric, y en aquel instante sentí que todo se me desbordaba por dentro.

Mi gran triunfo había sido aprender a no esperar. Sabía que con el tiempo echaría de menos a Éric, que olvidaría lo que me había llevado a abandonarlo y que sólo recordaría los buenos momentos, esos que guardamos como tesoros para decirnos que tampoco nos equivocamos tanto, que hubo instantes que valieron la pena. Ya tenía bastante con asistir cada mañana al despertar de la conciencia. Tras unos segundos de calma feliz se me aparecía el presente de golpe y porrazo: mi vida, la certeza de que Éric ya no estaría. La nostalgia se me echaba encima como una hiena famélica y yo no intentaba librarme de ella porque sabía que era inútil, que me devoraría el alma muerta como una bestia destripa una carroña. El regusto que me dejaban aquellos despertares superaba con creces lo que podía permitirme, y por eso había tenido que aprender a controlar el resto y, sobre todo, a no esperar: no esperar ni una llamada, ni un mensaje, ni una epifanía de Éric traducida en un gesto de amor romántico como los que venden en Hollywood a los crédulos dispuestos a hipotecarse. «¿Y si fuera?» era una pregunta trampa que me habría arrastrado hasta el fondo, y para la que no había otra respuesta más allá de «No será; no pensemos más en ello». No podía recurrir a buscar excusas para comunicarme con él porque el siguiente paso implicaba, invariablemente, volver a probar los efectos de la euforia tras varios meses limpia de las sustancias que la provocaban, como si en el esfuerzo por superar la abstinencia no me hubiese dejado la piel y volver al punto de partida fuese lo más natural y perfectamente asumible. El primer paso para dejar de esperar era cerrar las puertas a cualquier recuerdo que me llevara hasta Éric, olvidarme de la posibilidad de volver a saber algo de él, sin excusas ni indulgencias. Lo conseguí; me salí con la mía a fuerza de constancia, como quien se obliga a salir a correr en pleno invierno a pesar del frío y de la luz mortecina. Con lo que no contaba, evidentemente, era con una aparición de Éric por cuenta propia. Yo controlaba mi vida, hasta que su llamada irrumpió sin permiso y lo trastornó todo.

Las llamadas no saben cuándo caen. Quien llama interviene a ciegas; no puede saber si al otro lado dormías, montabas guardia junto al aparato o salvabas libros de una inundación. No estará nunca seguro de si el móvil ha sonado, si te ha sorprendido entrando en casa o planeando una huida, si no te ha dado tiempo a descolgar o no piensas contestar por mucho que insista. Aquellas llamadas a mi teléfono tampoco sabían nada: no sabían que la respiración de mi padre había empezado a sonar de forma irregular ni que en aquel momento Bruna le humedecía los labios con una gasa mojada. Yo sí lo sabía, y por eso debería haber sido capaz de mantenerlas a raya, de asignarles un lugar coherente entre mis prioridades en vez de dejar que los pensamientos me asaltaran a cada minuto como una alarma que se dispara.

Mi padre había empezado a gemir bajito, como si llorase en silencio para no despertar a un bebé, y yo era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera una excusa para salir a llamar y quitarme de encima la incertidumbre. Durante un rato estuve segura de que Éric me llamaba para volver. Mi padre, en la cama, seguía con los ojos cerrados y parecía estar sufriendo. Estábamos todos allí, en guardia, como si fuese a pasar algo en cualquier momento. Así era Éric: periódicamente se daba cuenta de que me necesitaba y entonces todo eran atenciones y deferencias.

Aparte de Bruna, que estaba sentada al otro lado, en la butaca, yo era la que estaba más cerca de la cama. Notaba a mi padre inquieto y me levanté. Si Éric quería que volviese con él, todo tenía que cambiar, absolutamente todo. *Papá, ¿qué te pasa?*, pregunté, rozando la sábana con el dorso de la mano sin apenas tocarla, y la palabra, ante aquellos extraños, me resultó aún más áspera que el tacto.

Estaba a punto de avisar a la enfermera cuando los gemidos empezaron a remitir y la expresión de mi padre se calmó. Camille dormía confiada. Aceptar a Éric sin condiciones sería permitir que la niña se encontrara con alguien que entra o sale a su antojo. Mi padre, por fin, respiraba tranquilo y parecía relajado. No le diría a Éric hasta qué punto lo había echado de menos,

ni le hablaría por nada del mundo de las noches que había pasado recorriendo ciudades que habían sido nuestras.

Abrió los ojos cuando parecía que ya no iba a abrirlos nunca. Me miraba con dulzura, como si estuviese orgulloso de mí. ¡Papá!, exclamé, sin quitarle la vista de encima. ¡Ha abierto los ojos!

Pero ya no respira, contestó Bruna en voz muy baja.

Tengo la sensación de que todo sucedió muy deprisa. Los recuerdos se amontonan desordenados y sólo de tanto en tanto, cuando menos te lo esperas, llegan en forma de flashes sueltos. Me habría gustado no decepcionar a Bruna cuando me preguntó si quería cerrarle los ojos a mi padre, ser capaz de acercarme a él y tocarlo como todos, despedirme con un abrazo como hacían los demás, incluso después de que hubiera perdido la calidez de un cuerpo vivo. Me habría gustado llorarlo.

A mí el llanto se me acumulaba por dentro hasta que se desbordaba, y aun así, con el alma hecha un barrizal, era incapaz de abrir las compuertas para dejarlo salir. Ni siquiera cuando Éric irrumpió en mitad de tanta pérdida para ensuciarlo todo con su mensaje bomba pude llorar de rabia. Me sentía embarrancada en un pantano, intentando avanzar entre el lodo con el agua por la cintura, pero mi tristeza no valía nada porque no sabía llorar como la gente normal.

Mi madre no llegó a tiempo por cuestión de media hora. Venía directamente del aeropuerto, acuciada por el presentimiento de que aquello se acababa y sin haberlo compartido conmigo por miedo de que la advirtiese de que no iba a ser bien recibida. Dice que me encontró desorientada; recuerdo que acababa de leer el mensaje de Éric y no podía creer que pudiera concentrarse tanto dolor en un tiempo tan corto. Dice que era como si no estuviera allí, que me movía como una sonámbula y que permanecí callada durante horas. Afortunadamente, ella se ocupó de Camille; me pregunto si yo habría sido capaz de hacerlo en condiciones. Al día siguiente, rodeada de desconocidos que me daban el pésame por la pérdida de alguien a quien conocían más que yo, sólo podía pensar en el mensaje de Éric. Lo releí cuarenta veces buscando significados ocultos, como si no fuera lo suficientemente explícito, o lo suficientemente claro, o yo no estuviese capacitada para captarlo a la primera. No me lo coges, decía. ¿Qué hago con esto? ¿Quieres conservarlo? Y, a continuación, una foto: unos vaqueros, un par de camisetas, un conjunto de ropa interior cuidadosamente doblado y un montón de libros que le había regalado a lo largo de los años.

Si aquella noche hubiese intentado dormir quizá no habría llegado al día siguiente. Me la pasé entera sentada en la butaca.

Tuve que volver a París a finales de julio, para una reunión con un cliente que no podía esperar. Camille se quedó con mi madre; llevármela a París para un día y medio habría sido complicarnos la vida. Clément me acompañó al aeropuerto tras una siesta que no perdona desde hace tiempo. La lluvia chorreaba en el cristal pero el ambiente era fresco, como si quisiera dejar en evidencia el bochorno del entierro. De aquel día recuerdo sobre todo unas gotas enormes estallando sobre la acera como cagadas de pájaro. La tarde se había oscurecido de pronto y la lluvia que esperábamos no sirvió para refrescar el aire sino para que la ropa se nos pegara aún más al cuerpo.

Desde la muerte de mi padre hacía exactamente dos semanas, había visto llover tres veces. En todas las ocasiones, por alguna conexión demasiado evidente o demasiado inexplicable, la *Elegía* de Fauré había vuelto a sonar tal como la había escuchado aquella tarde, nota a nota, interpretada por los compañeros de conservatorio de Núria. Estoy convencida de que si Pávlov se hubiese topado conmigo habría prescindido de todos sus perros: la mente humana parece más propensa al absurdo que la de cualquier otro animal; seguro que es mucho más divertida de estudiar.

Cuando Clément me dejó en la puerta giratoria me entraron ganas de esperar a que se fuera para salir a mojarme. La *Elegía* invita a caminar bajo la lluvia; empiezo a pensar que es la mejor manera de entenderla. El piano te marca un ritmo sin prisas, como si estuviese hecho a medida para encajar los recuerdos enteros, sin forzarlos, entre un paso y el siguiente. Caminas despacio, como arrastrando un velo de novia triste, y en algún momento, si no eres como yo, si eres como la gente normal, quizá hasta te entren ganas de llorar, colmado de añoranza por todo lo que has perdido sin saberlo. La luz de la tarde empieza a matizarse y la melodía se tiñe de un presagio leve pero terrible, como el olor de la ropa de un cuerpo que amas y no volverás a ver, o el momento en que supiste que no habría vuelta atrás porque tu padre te miraba ya con aquellos ojos abiertos, definitivos. Entonces, cuando crees que no podrás seguir y que el dolor acabará destrozándote por dentro, la melodía que te ha acompañado desde el principio aparece para cogerte de la mano y te

reconforta, como un poema al que regresas cuando no puedes calmar la nostalgia que sientes, pero eres capaz, al menos, de comprender su belleza. Y es entonces cuando te das cuenta de que no hay otra salida, que debes dejar atrás los recuerdos para continuar avanzando: abandonar a tu padre, o lo que queda de él, bajo una lluvia de estío como la que te está mojando.

Se abre un claro; en mitad de la música se abre un claro hecho de futuro, o de esperanza, y reconoces en él lo que te queda por vivir y por dar, el don de mejorar la vida de otro antes de entregarle definitivamente el testigo. Y entonces de pronto el cielo se oscurece y vuelven a caer esas gotas que en un instante te calan la chaqueta, y todo el mundo corre a ponerse a cubierto, pero tú preferirías quedarte allí, bajo la lluvia, y que el mundo se hubiese escrito a partir de un *si* condicional. La luz del día empieza a desvanecerse y se confunde con un crepúsculo que no dura nada porque, cuando quieres darte cuenta, la noche ya ha caído. Tienes la ropa empapada y un frío como de nostalgia te cala los huesos.

Me pasé el viaje lamentando no haber cogido ningún libro. En Nantes, el domingo por la tarde no hay gran cosa abierta, más allá de las franquicias que hermanan todos los aeropuertos y convierten las ciudades del mundo en una sola. En la terminal de vuelos domésticos encontré unos croissants resecos que nadie habría comprado en la ciudad (como si las personas dejaran de ser exigentes cuando no tienen opción de escoger) y un modesto quiosco con ediciones de bolsillo que estuve curioseando para matar el tiempo. No me sirvió de nada; la *Elegía* seguía embotándome la cabeza y limitando mi capacidad de pensamiento. Al final, me conformé con cerrar los ojos e intentar descansar durante el vuelo. Ya en París, al salir del metro, las campanas daban las ocho, y en el boulevard Saint-Germain los turistas vagaban sin prisa mientras declinaba el día.

De vez en cuando, la verdad que buscabas se agazapa tras una frase aparentemente inofensiva. Al pasar por La Hune, de camino a casa, me topé con Grégoire, que se disponía a cerrar. Ya recoges, dije sin energías para convertir en pregunta una frase que sonaba a afirmación. Ya toca. Con mucho gusto me habría quedado en el sofá, pero los domingos por la tarde salvamos más vidas que una farmacia de guardia. Sé que me salió una sonrisa torcida, una mueca, que alguien desconocido habría sido incapaz de interpretar. Tres pasos más adelante, mientras tomaba la calle de casa, noté las lágrimas que me ensuciaban la ropa; gruesas gotas que cayeron durante horas hasta que se lo hubieron llevado todo.

Tengo pendiente una ruta que no pude hacer mientras estaba en Barcelona. Del edificio donde viví con mis padres cuando era pequeña, lo único que recuerdo (o que creo recordar, como tantas otras cosas que quizá me hayan contado) es el olor del tostador de café que había en los bajos. Todavía hoy, cuando abro un paquete de café recién molido, siento que el aroma me transporta a algún momento feliz del pasado, aunque no sepa cómo alcanzarlo. No desisto: la idea puede parecer ingenua, pero no pierdo nada por intentarlo ni me da tanta vergüenza como para no confesarlo. Se trata de volver al barrio de mi infancia cruzando los dedos para que no haya cambiado demasiado, y al llegar a la Riera de Sant Miquel hundir la nariz en el tarro del café molido para que despierte el pasado como una magdalena de la tía Léonie. Sé que todo esto puede parecer estúpido; que sólo un iluso, por no excederme con los calificativos, confiaría en la ayuda de Google para intentar llenar este vacío que tengo dentro, pero últimamente no puedo quitarme de la cabeza la idea de que, si pensáramos que nos morimos poco a poco, un poquito cada día, procuraríamos centrarnos en lo que nos hace felices. A menudo nos queremos, y hasta nos permitimos hacernos daño, como si tuviésemos carta blanca para rectificar, todo el tiempo del mundo para aspirar a la felicidad y ninguna prisa por alcanzarla, mientras llegue.

Sé que tengo suerte. Sólo sufro males menores, pero aun así los sufro, como todos. Éste es mi drama, desde luego, y la mayoría de dramas lo son tan sólo para uno mismo: a ti te cuesta respirar y al vecino del segundo se le ha estropeado la lavadora. El niño de abajo quería el bocadillo de jamón y no de tortilla, y Monique, con quien compartes el tabique del comedor, tiene que devolver un recibo antes de que sea tarde y se lo hace saber a gritos a su marido. La señora Lefevre ya no tiene quien la visite y el insomnio le junta las noches y los días; a tu compañero de asiento, en el autobús, le diagnosticarán pasado mañana una larga enfermedad que en realidad se llama *cáncer*. El mundo está lleno de conflictos que en realidad se llaman *guerras*, y los informativos sólo hablan de ellos cuando son nuevos. Te has manchado la camisa, debes pasar por el cajero, tienes la nevera vacía, estás llegando tarde.



MARTA CARNICERO (Barcelona, 1974) es ingeniera industrial y profesora.  
*El cielo según Google* es su primera novela.

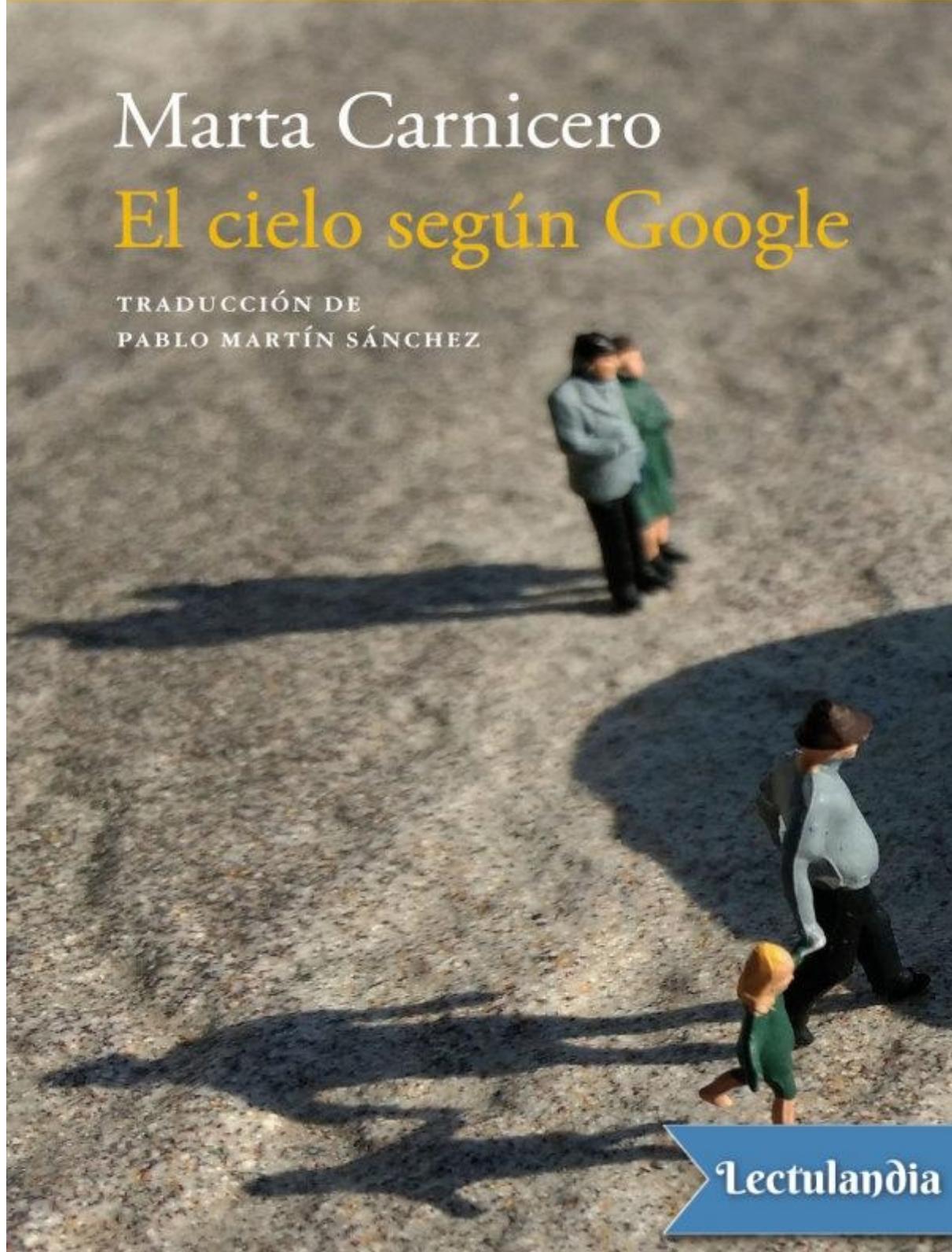
## Notas

[1] Las palabras y frases en cursiva seguidas de asterisco están en castellano en el original. (*N. del T.*). <<



Marta Carnicero  
**El cielo según Google**

TRADUCCIÓN DE  
PABLO MARTÍN SÁNCHEZ



Lectulandia